

Año XXXI.

Madrid, Jueves 24 de Agosto de 1911.

Núm. 34.

RESPONSABILIDAD COLECTIVA

Nos viene ocurriendo á los republicanos con algunos de los hombres célebres que *nos salen*, algo parecido á esto que cuenta Tolstoi:

«Un día andaba yo en París visitando los espectáculos llamativos, y entré en uno, seducido por la muestra, para ver una mujer barbuda y un perro marino. La mujer era un hombre disfrazado, y el can un perro común que nadaba en un baño, vestido con una piel de foca.

No había, pues, nada de interés; pero el exhibidor me acompañó á la salida, y se dirigió al público aglomerado á la puerta, apelando á mi testimonio:

«¡Pregunten ustedes al señor si vale la pena de verse!... ¡Pasen ustedes, pasen; un franco por persona!»

Y en medio de mi confusión, no me atreví á responder que el espectáculo no ofrecía nada de particular, y á buen seguro que ya contaba el hombre con esa falsa vergüenza mía.»

Pues, como iba diciendo, los republicanos acudimos á donde quiera que alguien nos llama en nombre de las ideas que amamos, y concedemos patente de salvador á cualquiera que como tal se nos ofrece.

Muchos salimos desencantados del espectáculo; mas si vemos que la multitud elogia ó se entusiasma con el protagonista, se nos ocurren una porción de consideraciones de conveniencia, todas erróneas, para disculpar nuestro silencio. Y callamos.

Y, merced á esta cobardía, la fama y la influencia del ídolo se extienden, y á las primeras de cambio nos lo encontramos convertido en Dios. Y destruir un Dios, es tarea larga.

No ocurriría esto, si todos tuviéramos el honrado valor de dar á conocer á tiempo nuestra opinión: mas como no lo hacemos, el Pueblo toma nuestro silencio por aquiescencia y continúa confiando en el hombre aquel.

Esto me hace pensar en que cometemos una injusticia al acusar al Pueblo de idolátrico, pues nos alcanza en ello gran responsabilidad á los que, teniendo medios de hacernos oír, preferimos callar.

Yo soy de los que menos han incurrido en esta falta de valor cívico, y, sin embargo, yo sé lo mucho que he callado.

En esto de los jefes que ahora *nos salen*, nos ocurre lo que antes con algunos generales que *nos salían*.

Desde que se ponían más ó menos

ostensiblemente á nuestro lado, los diputábamos por los mejores del Ejército, y no había cualidad sobresaliente que no les colgáramos, aun cuando su historial no los abonase.

Pasaba el tiempo y nada hacían, acabando algunos por enterarse de que su conveniencia estaba reñida con su republicanismo, y tornaban á la monarquía, que en ocasiones los premiaba. ¡Y aquí de nuestras invectivas!

No nos faltaba razón en parte; más no sé qué hubiéramos podido contestar, si alguno de ellos nos dice: «Tan injustos son ustedes al denostarme tanto ahora, como lo fueron antes al elogiarme tanto. ¿Qué hechos anteriores míos les autorizaban para atribuirnos aquellas cualidades sobresalientes.»

De igual manera, tampoco sabríamos qué contestar al jefe que hoy nos dijera: «¿Tengo yo la culpa de que ustedes vieran en mí, lo que en mí no había?»

Aunque no; la comparación no cabe. Casi todos los republicanos que han tenido adeptos y se han elevado, ha sido por ofrecer una y mil veces lo que luego no han cumplido.

No, no; el caso no es igual.

Tiremos de la lengua

El testamento de Costa

¿Qué pasa?

Ha dicho en su último número nuestro querido colega EL MOTÍN.

(Copia aquí *El País* lo que dijimos sobre este asunto, y añade:)

«Otro estimado colega, *El Mercantil Valenciano* dice:

«Si son ciertos los rumores que por Zaragoza han circulado respecto á este asunto, el testamento político de Costa no se publicará, porque quien tenía un gran interés en que no se publicara lo sustrajo de legajo.

«Fué la familia? Según rumores públicos, la familia es completamente ajena al asunto y no podía tener ningún interés en hacer desaparecer el testamento.

Se ha dicho que entre los que á última hora explotaron la agonía del gran patriota, después de haber contribuido á amargarle la existencia laborando en la ruina de la patria, están los autores de la sustracción.

También se ha dicho que el testamento es un documento notabilísimo, en el que se hacían gravísimas revelaciones y se lanzaban acusaciones tremendas contra muchos personajes y personillas, entre los cuales se destacan los que hicieron el vacío á Costa cuando

do Costa podía haber intentado la salvación de España, y después, cuando estaba moribundo, demostraron un interés y un dolor que estaban muy lejos de sentir.

¿Tiene EL MOTÍN amigos de verdadera confianza en Zaragoza? Pues si los tiene, fácil le será comprobar la verosimilitud de los rumores transcritos y de otros que no nos atrevemos á recoger, y fácil le será averiguar los nombres de los dos personajillos á quien se señala como autores de la sustracción del importante documento que á todos los republicanos honrados y á toda España importaba mucho conocer.

Los que á ciencia cierta saben algo de este asunto, tienen el deber de decirlo.

Estamos conformes y no cumplimos con ese deber, porque no sabemos nada sobre lo copiado.

Hasta aquí *El País*. Y ahora EL MOTÍN.

Quedamos en que no se publica el testamento de Costa.

Pues ¿por qué no se ha de publicar el testamento de Costa?

La familia de Costa está muy interesada en acreditar su extrañeza á este silencio sobre el testamento de Costa.

Por lo pronto, la familia algo debe saber del testamento de Costa.

¿Qué nos dicen del testamento y de la familia, la familia de Costa?

Porque, los que recogieron el cadáver legado á los muertos, más deben recoger y con más veneración el testamento legado á los vivos; el testamento encierra el espíritu de Costa.

¿A quién legó este espíritu el testamento de Costa?

¿Quién nos ha secuestrado y robado este legado del testamento de Costa?

Costa dejó alguna familia; á uno por uno y por su orden les preguntamos: parientes de Costa, ¿qué nos contáis del testamento de Costa?

Porque estáis obligados á declarar en este proceso que declaramos abierto.

¿Qué nos decís del testamento de Costa?

Porque es hora de acabar con el misterio del testamento de Costa.

Que nos hayan birlado sus huesos, pase; pero que nos birlen su alma, vaya, que no cuela, ni colará.

¿Qué se ha sustraído el legajo? Pues hay que sacarlo de donde esté, así esté en la barriga del nuncio. Ha de ser muy indigesto, al que lo haya tragado, el testamento de Costa.

Tragones del testamento de Costa; á vomitarlo tomando aceite de ricino si queréis, antes de que os lo saquemos con tenazas.

¡Venga el testamento de Costa!

Ese testamento pertenece á la Humanidad; ladrones de la Humanidad ¡ven-ga el testamento!

¡Verga y pronto!

Queáis emp'alzados todos los que auduvistéis en el testamento de Costa.

En el feudo de Pidal

Varapalo á un cacique. — Un juez amirabile

Los patronos de Gijón, constituidos en Sociedad, provocaron el año pasado uno de esos conflictos que se llaman ahora *h k outs*, por virtud del que los obreros de aquella ciudad estuvieron más de un año en huelga forzosa.

Uno de éstos, Marcelino Suárez, conmovido ante las escenas de horror y de miseria que en aquella situación se producían á diario, disparó una pistola contra el presidente de la Patronal, causándole en una mano lesiones de las que curó á los diecisiete días.

El Sr. Orueta es un pobre diablo que da muy bien de comer en su casa á los sabios de exportación que disfrutamos aquí, cuando visitan la hermosa ciudad asturiana. Con candidez infantil cree que la sabiduría se adquiere por contagio, y desde las sobremesas con Simarro y Carriaco se ha lanzado á la tribuna del Ateneo de Madrid varias veces, para recitarnos con énfasis ameno casi todo lo que de biología publicó Sempere en su biblioteca barata.

Se les escapó aquí á los organizadores de banquetes; pero no á los aduladores, que le devolvieron á su tierra convencido de que era un semidiós.

En esta situación, el vulgarísimo disparo de pistola hecho contra su persona, hubo de parecerle un atentado anarquista de los que los historiadores y los sociólogos relatan con referencia á jefes de Gobierno, príncipes y reyes.

A la Patronal le parecieron realizados los ensueños del Sr. Orueta y encargó á un hijo de Pidal que sostuviera la acusación contra Marcelino Suárez, calificando el delito de asesinato frustrado y pidiendo para él la pena de veinte años de presidio, cosas que ni están en el Código, ni en la realidad, ni las autoriza la moral profesional.

Y no se conformaron con esto: para los días 2, 3 y 4 de Agosto estaba señalada la vista; pero como el Jurado le pareció á la Patronal demasiado independiente, apeló al artificio de pedir la suspensión por enfermedad, repentina del acusador.

Desde que se supo quiénes formaban el Jurado, ya se dijo que el defensor de la Patronal se pondría enfermo, y así resultó, si bien la enfermedad fué repentina, según escrito presentado á la Sala el mismo día 2 de Agosto.

Barriobero, defensor de Marcelino Suárez, habíase trasladado á Oviedo para cumplir su cometido, no sin antes celebrar aquí una conferencia con el Fiscal del Supremo, para notificarle el atropello que se trataba de consumar, y que, en efecto, se ha consumado.

Ante el temor de que á su defendido, quien tiene ya cumplida la pena que racionalmente pueden imponerle, se le prolongara de modo tan arbitrario la prisión preventiva, púsose sobre la pista de Pidal para comprobar por sí

mismo el proceso de una enfermedad tan anunciada, tan repentina y tan oportuna, y, en efecto, comprobó que el señor Pidal, afecto de gastritis, tiene un estómago tan envidiable como el de su señor padre.

Acudió á la Sala con un escrito en el que formulaba todas las pretensiones que para estos casos autoriza la ley, pero los señores del margen, dijeron «no ha lugar», y se quedaron tan frescos, siendo de advertir que en esta lucha el Ministerio Fiscal ha secundado con plausible celo la labor del Sr. Barriobero, si bien la Audiencia ha puesto mayor celo todavía en servir los deseos del hijo de D. Alejandro.

Este desatino le cuesta al procesado unos cuantos meses de prisión preventiva, al defensor dinero y tiempo (as dos cosas que tiene más escasas), y al Estado algunos miles de pesetas, razones por las que Barriobero no debía callarse y no se calló, si no que tan pronto como le notificaron la estúpida resolución de la Sala, compareció ante el Juzgado para denunciar la falsedad cometida por el Sr. Pidal y su médico. La denuncia le fué admitida en el acto, y se tramita con tal actividad, casi á la vez que Barriobero ha llegado que á Madrid un exhorto para que amplíe algunos extremos de su escrito.

La conducta observada por el Juez y el Fiscal de Oviedo es digna de los mayores elogios, y contrasta notablemente con la ordinaria sumisión de todos nuestros poderes á los caprichos caciques.

Mucho celebraremos el que estos dos dignos funcionarios persistan en su actitud, por lo menos ha-ta hacer que el hijo de Pidal ó sus mandantes reparen los daños que han causado con su argucia repulsiva.

DE SEVILLA

Jesuitas usureros

Como ofrecimos á nuestros lectores en nuestro número del día 9 del corriente dar más detalles de las escandalosas operaciones de préstamos realizadas por los poderosos de sotana que residen en la hermosa Sevilla, hoy sólo anticipamos, para que puedan ir formando juicio de las tragaderas de los buenísimos y amantísimos padres, que entre las varias operaciones hay documentos-recibos de depósitos de garantía, firmados por padres superiores y con el sello de la comunidad, que, con todos los detalles, antecedentes y retratos de las personas que han intervenido, nos prometemos publicar extraordinarios que, llamarán la atención.

Como muestra, vaya una de las operaciones.

En 4 de Noviembre de 1904, se prestaron 10.000 pesetas, vencimiento el 28 de Diciembre del mismo año, ó sean cincuenta y cuatro días; cobraron por dicha operación 500 pesetas, más 200 que se llevó como mediador un caballero que tienen los padecitos, como pantalón para sus negocios; el tal caballero era don Nadie hace pocos años, y hoy

se le va siempre en coche. Como decimos, nos ocuparemos de todos los personajes que median al amparo de tan buenas y santas instituciones que con los *intereses ligas* que cobran, y sin pagar contribución como prestamistas, tienen suntuosas residencias y viven en paz y gracia de Dios.

Sin comentarios por hoy.

EL PAIS

Agustinos y Jesuitas

Lo de Salamanca

Los jesuitas han abandonado el castillo que tenían en Salamanca, en la forma que lo cuenta un diario de la familia de aquella ciudad:

«Con ocasión de la clausura en el Colegio de Calatrava de los estudios superiores del sacerdocio, allí implantados por el inolvidable P. Cámara, hubo de participar nuestro actual virtuoso prelado á los jesuitas, que en el Seminario continuaban los referidos estudios con el mismo profesorado de eclesiásticos que en el citado Colegio había.

La contestación del provincial de la Orden de San Ignacio de Loyola fué, aproximadamente, ésta: «Los jesuitas, deseosos del mayor engrandecimiento del clero salmantino, ceden gustosos, no sólo esas enseñanzas, sino todas ellas, y abandonan el Seminario Conciliar y Salamanca.»

Nueva carta del Prelado, reverendo P. Valdés, hacíale petición de una prórroga de un año, y proponíale, además, que quedase en ésta una residencia de padres jesuitas que atendiesen al culto de la clerecía, para lo cual, además de habitación, les daría, como indemnización anual, la cantidad de pesetas cinco mil.

Recientemente la contestación fué por parte del ilustre provincial jesuita, negativa, lamentando, en términos de la mayor afectuosidad, cuánto le contrariaba no poder acceder á lo solicitado.»

Por estas simples líneas no puede formarse idea de lo ocurrido, y que cor viene explicar.

Desde hace veinticinco años tenían pendiente en aquella ciudad un desafío los agustinos y los jesuitas, proveniente de aquellos tiempos en que los jesuitas eran enemigos mortales de la dinastía actual y de León XIII contra los cuales azuzaban los perros integristas y carlistas. De León XIII hacían creer que era francmasón: á la Reina Regente lamábanla con un sobrenombre digno de los deslenguados aquellos que enviaban á la mierda (sic) á sus interlocutores de Trento.

El campo clerical dividíase á la sazón en dos patidas principales: el intransigente, bajo la inspiración de los jesuitas, á quienes hacían reír los franciscanos, capuchinos, paúles y otros de menor cuantía. Todos convenían en que León XIII era un apóstata y en que la dinastía era el cáncer de España y de

la Iglesia. Estos frailes vivían de roer los huesos y de explotar el fanatismo de los carlistas é integristas adinerados, á quienes sustraían los hijos con las herencias, las influencias y relaciones y el valor tradicional.

Del otro bando papísero y dinástico, hicieronse heraldos los dominicos, escolapios y más que todos, los agustinos. Expotaban éstos el favor de los gobiernos, los mimos del Estado y la lujuria religiosa de la aristocracia dinástica.

Los hechos posteriores han demostrado que todas aquellas batallas doctrinales y disciplinarias eran una simple farsa, y que los odios entre frailes era de pura rivalidad en la influencia política y en la captura de bo'sas. Cuando los jesuitas, amenazados por León XIII, decidieron dar al Papa una participación en los testamentos y demás botín de su corso, el Papa les abrió las Congregaciones vaticanas, desde las cuales van expulsando á los otros.

Cuando el Palacio Real abrió sus salones á los loyolas, éstos depusieron sus inquinas y dividieron sus gentes, unos para seguir dominando los integristas, otros para no perder las riendas del carlismo, otros para cortejar las damas cortesanas y otros para ir en busca de la perdida.

Y así se definió el pleito; á atrapar quien más pueda.

Los agustinos, como más viejos en la casa dinástica, al ver asomar los jesuitas por los salones de Madrid, se alarmaron; y ahí me tienen ustedes á San Agustín y al cojo Loyola con sus mesnadas, disputándose como perros rabiosos los huesos de los fastines monárquicos, las bolsas de viejos y viejas ricachones y los amorcillos de las politas elegantes. Todo eso de colegios, capillas y oratorios no son más que los agujeros de las arañas y las redes para atraer las gentes. Conventos, asilos y patronatos sólo son *medio de atracción* y expediente para entrar en relación, codearse é ir atrayendo incautos; de esas salas públicas pasan á los santos, donde se celebran los *misterios conventuales* y los sacramentos monásticos: las cuentas, las captaciones, las seducciones, los testamentos y las intrigas.

Mientras el campo era bastante ancho y los frailes eran pocos, no topaban unos con otros y vivían en relativa paz, cada uno á su coto; pero siendo ellos cada vez más, los ricos cada vez menos y el campo de explotación cada vez más yermo y más corto, hubieron de venir á las manos, á las lenguas y á las uñas.

Agramante divirtiéndose esparciendo sus huesos en este barullo; los frailes todos á una contra el clero secular, y principalmente contra los obispos y curruacas de algún valer. El clero y los obispos, como más tontos, cayeron de cabeza en el lazo y pronto acabaron por ser monagos de los frailes de todas layas.

Los jesuitas contra todos los frailes, y éstos, como más tontos y mal aveni-

dos, fueron cayendo también en el lazo, envueltos en la trama jesuita.

Los agustinos, fados en su arraigo en la corte, durmiéronse sobre los laurels de sus excelentes colegios La Vid, Valladolid y El Escorial; los escolapios, con igual confianza, dejaron al enemigo en sus trabajos de zapa; y de la noche á la mañana apareció el picjoso jesuitismo, levantando su Chamartín contra San Fernando; su colegio de la calle de Caspe de Barcelona, contra el escolapio de San Antón en Barcelona; el otro de Siriá desafiando á su vecino; la Universidad de D.usto, contra la de El Escorial; sus Veruea y Cartuja de Granada contra la Vid; y, de repente, se calza con las bolsas de Pastrana, Comillas, Serra, Pons... ¡el terror! Metidos en el Vaticano y en el Palacio Real, en los negocios de Rothschild, un Coloma en la Academia de la Lengua, un Fila en la de la Historia, un Observatorio sobre el Nacional, un pie sobre la cabeza del Papa, otro sobre la de los presidentes del Consejo... El disleque. La muleta del cojo Loyola es la bauta que hace danzar cardenales, ministros y obispos; la tralla que fustiga á políticos y sabios; el cetro que otorga títulos y destituye gobernadores; a jeringa con qué jeringa á Papas y á príncipes.

No sabemos cómo tendrán el pleito en Roma, en donde los frailes habrán de darse unos á otros el cachete y de levantarse unos á otros la camisa.

En España ha habido momentos de inminente catástrofe. Los agustinos se habían plantado ante los jesuitas: unos contra otros se armaron hasta los dientes. Después... silencio profundo... ¡Como muertos!

Este silencio se ha interrumpido por la salida de los jesuitas de Salamanca. El agustino P. Valdés, obispo de allá, ha echado el guante y los jesuitas lo han recogido.

¡Animo, amigos!

Padre Valdés: acuérdesse del P. Vázquez. ¡A ellos... á esos bandidos! ¡Animo, agustino! Como os pongais al frente, el pueblo español os seguirá hasta acorralarlos, meterlos en las minas de sus guaridas y taparles la boca de salida, para que acaben sus días y sus glorias en la covacha de Montmartre, donde nacieron.

¡Animo, P. Valdés! Esta batalla servirá á los agustinos de expiación de sus fechorías.

A acabar con los jesuitas; y después, para fin de fiesta, pasad balance de los libros de la Orden, distribuidlos á porrrata los millones atrapados en lucha con los jesuitas, cogad los hábitos; á buscar cada Agustino su Agustina, cada fraile su monja, y á vivir de entente como personas, que es lo que habéis menester. Harlo hará el pueblo con dejaros en paz en el disfrute de los frutos de vuestro corso.

Ya véis que la solución no puede ser más hermosa.

Primero, á echar de la superficie del planeta á estos jesuitas tenebrosos, que

nacen, viven y mueren como los topos y salen al público sólo á sus necesidades. A taparles la gazapera y allí dentro que se *fredonen* unos á otros, hasta extinguir la casta.

Segundo, á sacar del cuerpo de cada agustino el fraile que lleva dentro, y á regeneraros como *varones virtuosos* con todas las virtudes del varón.

Y luego ¡la paz! ¡el paraíso! Una España sin frailes... sin viboras felinas, sin chinches clericales, sin mosquitos congregantes, sin abejorros episcopales, sin cucarachas conventuales, sin fantasmas parroquiales...

¡El cielo en la tierra!

EFEITOS DE LA CONSAGRACIÓN de España al Sagrado Corazón de Jesús

El cólera en puerta.

Metida España entre Francia y Alemania como entre dos barbaries, que miran por donde nos despellejarán.

Sucesos en la Armada, que terminan con fusilamientos y presidios.

Conflictos diarios con Francia y con Portugal.

La emigración creciente como la espuma. Expulsiones.

Denuncias. Regatas. Toros.

Inauguraciones de iglesias y de conventos.

Lluvia de mendigos y de frailes.

Tal es el reino de Dios, y su justicia, y la añadidura.

Autobibliografía

«PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA.»—Historia y crítica documentadas de los expedientes seguidos en Roma, España y Francia para la legitimación de un matrimonio, impedido por las leyes celibáticas de España. Libro Manual de S. Pey O'deix.—1 peseta. En esta administración.

Ha publicado este librito por muchas razones:

1.ª, para eterno baldón y afrenta de la monarquía constitucional española.

2.ª, para dejar á los venideros una acusación sin réplica contra la moral política de nuestros hombres de gobierno.

3.ª, para acusar ante la Patria la traición sistemática que los gobiernos hacen á los intereses nacionales.

4.ª, para dejar probado que la mayor desgracia que puede sobrevenir á un mortal, es nacer en el seno de la Iglesia española.

5.ª, para excitar en el pueblo y clero la dignidad humana, escarnecida por los politicastros que nos ziranmean.

6.ª, para dar ejemplo de valor cívico en la defensa de los derechos indivi-

duales, contra toda suerte de atropellos.

7.ª, para librar á mi Patria de la vergüenza de ser feudo acotado del celibato pontificio.

8.ª, para dejar al mundo una prueba indiscutible de que la curia romana se pitorrea del Evangelio, de los cánones, de la justicia, y de los españoles grandes y chicos.

9.ª, para enseñar á los desgraciados obispos, beatas y monjas, el camino para legitimar sus amores, sus hijos y su hogar, dignificándose ante el Derecho.

Para ello, en el libro se publican: Una introducción explicativa de la obra: *Historia de las preces al Padre Santo; Recurso al ministro de Gracia y Justicia contra la conducta del Papa; Mensaje al rey contra la remisión del ministro; Respuesta de la Mayordomía del Real Palacio; Por qué no acudí á las Cortes; Acta de matrimonio en Cerbere; Inscripción en la Cancillería del agente de España; Remisión del certificado por el cónsul al Ministerio de Estado; Legalización de estos documentos por el Ministerio, Mi noche de Boda, conferencia dada en el Teatro de Port-Bou y unas consideraciones muy vivas sobre el Juicio Final.*

Todo lo cual vale, no una peseta, sino muchas pesetas, por lo cual pronto necesitare, á juzgar por los pedidos que ya tengo hechos, dar la segunda edición corregida y aumentada.

Si me atreviese, diría más del mérito y virtudes de este libro, dejando á los críticos el trabajo de sacar sus defectos. No me atrevo; el libro se lo dirá al lector.

S. PEY ORDEIX

COSAS DE PRISIONES

Cada vez que se habla de un atropello en cárceles ó presidios, dicen los empleados de Penales que son *cosas inventadas por los presos*.

No negaré que en alguna ocasión (las menos) se abulten ó exageren los hechos (inventarlos, nunca); pero afirmo que siempre hay en lo que se dice un fondo de verdad.

Y en demostración de ello, allá va un hecho de los muchos que citar pudiera.

Siendo director del Penal de San Miguel de los Reyes, de Valencia, el señor Nausa, *la ronda negra* mató de una paliza á un recluso, y el médico del establecimiento certificó que había fallecido de una enfermedad «legal».

Los reclusos denunciaron la muerte de su compañero, sosteniendo que el hecho constituía un delito de asesinato.

Los empleados del Cuerpo de Prisiones pusieron el grito en el... cielo, y: «Esas son invenciones de los presos», decían.

Adquirió el rumor tal consistencia, que intervino el Juzgado. Se desenterró el cadáver, y, efectivamente, *las cosas de los presos* fueron certificadas por el

fiscal de asesinato, pidiendo para el Nausa y otros empleados la pena de muerte.

Hoy corre el rumor de que en la cárcel de Madrid ha muerto un preso, negro ó mulato, de resultas de una paliza que le administró un empleado llamado Manuel Alonso.

Ignoro si el hecho es cierto ó no; pero convendría que se depurase la verdad, por la buena fama del Cuerpo, en el segundo caso; por servir á la justicia, en el primero.

El nuevo director de Penales demostraría que viene dispuesto á romper la tradición funesta del Cuerpo, si facilitase al Juzgado correspondiente el medio de averiguar si ese rumor ha sido sólo una invención de los presos.

ANSELMO SANTA CATALINA

Sueño de Platón

Platón soñaba mucho, y lo mismo han soñado los hombres después. Soñó que antiguamente era doble la naturaleza humana, y que fué dividida en macho y hembra en castigo de sus culpas. Probó que no podía haber más que cinco mundos perfectos, porque no hay más que cinco cuerpos regulares en geometría. Uno de sus mejores sueños es su República. También soñó que el sueño se engendra de la vigilia, y la vigilia del sueño, y que quien contempla un eclipse, si no es en un lebrillo de agua, se queda infaliblemente ciego. Entonces soñando se granjeaban los hombres mucha reputación. El siguiente sueño suyo no es de los menos interesantes.

Parecióle que habiendo el gran Demiurgo, el eterno geómetra, sembrado de innumerables globos el espacio infinito, quiso experimentar la ciencia de los genios que habían sido testigos de sus obras, y dió á cada uno un pedacito de materia para que la coordinase, como si Zeuxis y Fidas hubieran encargado á sus discípulos unas estatuas ó unos cuadros, en cuanto es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes.

Cupo en suerte á Demogorgon el pedazo de barro que llaman la Tierra, y habiéndola éste coordinado del modo que hoy vemos, se jactaba de que había hecho una obra maestra, con que pensaba haber vencido la envidia y merecer elogios de sus propios compañeros, y se quedó atónito cuando lo recibiesen éstos con silbidos. Díjole uno de ellos que era un burlador socarrón:

«Cierto que has trabajado bien; has separado tu mundo en dos, y has dejado un vasto espacio de agua entre ambos hemisferios, para que no tuviera una comunicación con otro. Debajo de tus dos polos se helarán de frío, y bajo tu línea equinoccial se morirán de calor. No me desagradan tus carneros, tus vacas y tus gallinas; pero, ingenuamente, tus serpientes y tus arañas me gustan poco. Buena cosa son tus cebollas y tus alcachofas; ¿mas qué idea llevabas en cubrir la tierra de tanta planta venenosa, como no fuese la de envenenar á sus moradores? Creo que has formado unas treinta especies de simios, muchas más de perros, y cua-

tro ó cinco no más de hombres: verdad es que á este último animal le has dado lo que llamas *la razón*, pero en conciencia, tan ridícula es la tal razón, que se aproxima á la locura. Me parece que no te curas mucho de este animal de dos pies, á quien has dado tantos enemigos con tan poca defensa, tantas dolencias con tan pocos remedios, tantas pasiones con tan poca cordura. Sin duda no quieres que se multipliquen en demasía en la Tierra, pues, dejando aparte los peligros á que lo has expuesto, lo has dispuesto tan bien, que un día vendrá en que las viruelas se lleven cada año el diezmo de la especie, y la sífilis envenene el manantial de la vida en las nueve partes restantes. Como si con esto no bastara, de tal manera los has organizado, que la mitad de los que sobrevivan pasarán el tiempo litigando, y la otra mitad matándose unos á otros. Cierto que te deben estar muy agradecidos, y que has hecho un dechado perfecto.»

Sonrojose Demogorgón conociendo que efectivamente había en su obra mal físico y mal moral; pero sustentó que el bien era más que el mal. «La crítica es fácil, dijo; pero piensas que sea tan fácil hacer un animal que, siendo siempre racional y libre, no abuse nunca de su libertad? ¿Piensas que cuando tiene uno nueve ó diez mil plantas que hacer brotar, puede tan fácilmente estorbar que tengan algunas de ellas propiedades perjudiciales? ¿Te figuras que con cierta cantidad de agua, arena, cieno y fuego, pueda no haber mares ni desiertos? Tú acabas, señor burlón, de coordinar el planeta Marte; ya veremos qué tal están sus dos grandes bandas, y qué lindo efecto hacen sus noches sin luna; ya veremos si no adolecen sus moradores de locura ni enfermedad ninguna.»

Efectivamente; examinaron los genios á Marte, y el burlón sufrió una descarga cerrada de pullas. No llovieron menos críticas sobre el genio adusto que había amasado á Saturno, y lo mismo sucedió con cada uno de sus camaradas los fabricantes de Júpiter, Mercurio y Venus. Escribiéronse libretos y folletos, corrieron epigramas, compusieron coplas, se ridiculizaron los unos á los otros, y se exasperaron los partidos hasta que á todos les puso silencio el eterno Demiurgo, diciéndoles: «Habéis hecho todos cosas buenas y malas, porque tenéis mucha inteligencia y sois imperfectos; vuestras obras no durarán más que algunos centenares de millones de años, y después, más instruidos, las haréis mejores: á mí sólo me pertenece el hacer cosas inmortales y perfectas.»

Esto enseñaba Platón á sus discípulos. Cuando acabó de hablar, le dijo uno de ellos: «Y luego despertasteis.»

VOLTAIRE

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

Memorias de un confesor

De cura á cura

Cuando aquella tarde, después de terminar mi sermón en las monjas Clarisas, se acercó el capellán de la casa, observándome con los ojos húmedos, y preguntándome si me ponía en en el confesonario muy de mañana, sentí una impresión de angustia, pues barrunté que deseaba confesarse conmigo.

Efectivamente, á la mañana siguiente, apenas entré en el confesonario vi aparecer en la iglesia al rector de las Clarisas, con su aspecto venerable y su paso majestuoso y solemne de costumbre.

Te confieso, lector, que he sentido siempre una gran repugnancia á confesar curas. Cada vez que uno de mis colegas se ha arrodillado á mis pies en el confesonario me he preguntado con espanto: «¿Gran Dios! ¿Qué nuevos desengaños y abismos reservas todavía á mi alma?»

Los curas se confiesan muy pocas veces; y fuera de la legión inevitable de vividores y de hipócritas, cuando lo hacen suelen hacerlo con sinceridad. ¡Pero cuánta podredumbre encerrada en aquellos sepulcros blanqueados! ¡Cuántas veces, al verlos después en la iglesia, en sociedad, en el trato familiar tan correctos, fervorosos y humildes, exclamaba en mi interior: «¿Y este es aquel hombre que ayer me reveló tantas y tan horribles enormidades?»

El rector de las Clarisas casi me triplicaba la edad; sus blancos cabellos, su modestia, su aire contrito, su exquisita cortesía, y su lenguaje siempre teñido de una religiosidad acendrada, le habían granjeado gran reputación y popularidad entre la gente devota, y aun entre el clero de la ciudad; las monjas le veneraban, presidía numerosas cofradías, tenía gran reputación de confesor discreto, y su pequeña iglesia rebosaba siempre de fieles... y de limosnas.

Yo no sé por qué, pero es lo cierto que aquel buen señor no me había acabado de convencer nunca con sus virtudes. Había en sus gestos y actitudes mucho de pose hierática; fulgores muy vivos en su mirada; su rostro fresco y su atilada indumentaria denotaban algo de sibaritismo; le veía muy inclinado á conversar con señoras y damiselas, y bastante también al dinero, sin caer en las incorrecciones de la avaricia.

Cuando depositó su sombrero de teja en una silla y se arrodilló delante de mi confesonario, no pude reprimir cierta satisfacción interior, la que experimenta todo el que ve á su alcance la clave que descifra un enigma que le tiene intrigado.

—Padre—me dijo después de las preces de ritual;—aun cuando le parezca raro, yo no tengo confesor fijo...

—Es conveniente, pero no necesario.

—Mis muchas ocupaciones, el ajeteo constante que hay en mi iglesia, la dirección de las monjas, de las cofradías que tengo á mi cargo, no me permiten regularizar con método mi vida espiritual: algunas veces me confieso con el P. X...; pero es hombre se-

verísimo, chapa lo á la antigua, desconocedor de los escollos que hoy salen al paso al sacerdote, y la verdad, no nos avenimos muy bien. Yo necesitaba descargar mi conciencia con un sacerdote joven, ilustrado, conocedor de la vida moderna, como usted, y que pueda comprender bien ciertas luchas y crisis del alma, y más aún ciertas flaquezas y desfallecimientos al parecer inexplicables. Creo que no me he equivocado al dirigirme á usted.

—Puede usted tener la seguridad de que en mí hallará toda la tolerancia y bondad que mi conciencia y el más amplio criterio de la Iglesia me autorizan á sostener.

—Así lo esperaba, y comienzo. Las confesiones de nosotros los sacerdotes, tienen que diferir mucho de las de los fieles; para ellos basta recorrer los preceptos legales de los mandamientos; pero sobre nosotros gravita la pesadísima obligación de los deberes de nuestro estado. Yo, padre, no he jurado, ni me tado, ni blasfemado, ni creído en supersticiones, etc., etc; pero en cambio, le confieso que vivo ejerciendo un papel en el que no creo, ni puedo creer, y en cuya representación me esmero porque en ello va mi bienestar y mi comodidad.

—¿Acaso ha perdido usted la fe?...

—No, nada de eso. Creo firmemente cuanto la Iglesia nos enseña, venero todos sus dogmas y doctrinas, y cumplo todos sus preceptos en público; en privado eludo todos aquellos que la naturaleza y el buen sentido rechazan. No doy, pues, pábulo al escándalo.

—Cuando necesite usted complicidad, sí.

—Tampoco, padre, porque mis cómplices están persuadidos de que obran lícitamente, y en nada le perjudica mi conducta.

—Pero esto es vivir en plena hipocresía...

—Inevitable en nosotros, y preferible mil veces á los horrendos espectáculos que dan por ahí algunos desdichados colegas nuestros. Por tanto declaro que en todos mis actos públicos y privados el móvil predominante es mi prosperidad, mi satisfacción, mi lucro y dar pasto á mis apetitos. Yo no guardo ayunos, ni vigilia; yo omito en las preces todo lo que creo absurdo ó inútil; rezo el breviario si tengo tiempo y gana, y si no, no; en to los los asuntos espirituales sometidos á mi dirección, busco siempre el camino más cómodo y el más lucrativo. En materias de dinero, procuro llevar á mi bolsillo todo el que puedo, aunque sin lesionar nunca los intereses de los verdaderos pobres. No economizo ningún regalo á mi cuerpo, y le doy todo cuanto pide, no teniendo más cortapisas para él que las que señala la higiene, y exigen mi edad y mis achaques.

—De modo que los preceptos de honestidad y...

—Completamente holla los siempre que el apetito me lo dicta, y la ocasión es propicia. Son muchos, muchísimas las mujeres cuyo trato he frecuentado, y frecuento; pero declaro á usted que no he seducido ni pervertido á ninguna inocente. Me he dejado llevar, he resbalado por la corriente sin cálculo, sin malicia previa, unas veces cediendo á sus deseos, otras exhibiendo yo los míos. Todo esto sin ruidos ni escan-

dalos, en el secreto de la vida interior, sin descomponer jamás mi papel, sin dar una nota discordante.

—¿Y tiene usted la conciencia tranquila con esa vida?...

—En absoluto, no; y la prueba de ello es mi presencia en este sitio; de cuando en cuando siento una necesidad imperiosa de abrir mi corazón, de airear mi alma, de oír que alguien aprueba mi conducta ó que la censura, y le exijo las bases de sus admoniciones.

—Pues qué, ¿usted, un sacerdote católico, puede forjarse la ilusión de que procede correctamente? Las leyes de Dios y de la Iglesia que usted conculca en absoluto, son el alegato más formidable que se puede presentar con su conducta.

—Y, sin embargo, yo creo que no conculco ninguna ley divina, porque Dios no puede exigirme que cumpla cosas imposibles; las leyes de la Iglesia, si es que son justas, me basta el acatamiento externo que no excluye mi protesta interior y el que evite su cumplimiento, siempre que lo puedo hacer salvando las formas. Vea usted tantos años como tengo, y jamás he recibido el menor reproche de mis superiores; es más, usted lo sabe, gozo de popular estimación.

—De modo que usted cifra sólo su anhelo en el cumplimiento de la fórmula. ¡Bonita teoría!

—La que observa toda la Iglesia; ella sabe que sus miembros están corrompidos, pero los tolera, aplaude y ensalza á condición inevitable de que las llagas no salgan al exterior. ¿Cae alguno en el escándalo? Eseguida lo abandona y lo arroja por la borda; no por malo, sino por torpe. He aquí la regla de conducta suprema del Vaticano y los obispos; el que se sale de ella, el que quiera ser una excepción, es que tiene vocación de mártir, ó le seduce el hambre y la deshonra.

La verdad, yo no sabía qué contestar á aquel hombre que razonaba y discutía tan bien sus pecados, y me pintaba también los misterios de la vida clerical. ¿Qué iba yo á decirle? ¿Qué mella podían hacer en aquel espíritu las citas de Padres, Concilios y místicos? Mi arsenal, las armas que la Iglesia ponía en mis manos, las embotaba la frialdad de aquella conciencia, la petrificación de aquel espíritu rebelde. ¿Aquel hombre confesaba sus pecados, ó era un acusador de las cobardías, errores y perversa organización de la Iglesia? La Iglesia me decía: «Debes reprobar esta conducta»; y el rector de las monjas contestaba: «Yo observo la conducta que la Iglesia me señala y dicta: mi condenación es la de ella. Por fin salí de aquel atolladero con estas palabras:

—Procure usted cerrar el oído á teorías halagüeñas, que son tales porque favorecen la satisfacción de nuestros apetitos; estudie bien los linderos y límites que existen entre el egoísmo y el deber, y piense que el bienestar, la egolatría que usted preconiza sobre todo, tiene al lado miserias, lágrimas y amarguras, de cuyas quejas no puede desentenderse un sacerdote honrado...

Y le absolví. ¿Qué hubiera adelantado con no hacerlo? El rector de las Clarisas movía la cabeza, mientras yo le aconsejaba, y en sus labios volaba una sonrisilla de amarga ironía. Se levantó de mis pies erguido, con la mi-

rada radiante, como diciendo: «Te he metido en un atolladero.»
Y tenía razón.

FRAY GERUNDIO

EL MOTÍN defensor social

Al Comité de Defensa Social.

Ilustres Estropajosos: Para coadyuvar á vuestra v.ª empresa, EL MOTÍN tiene el honor de comunicaros:

1.º Que monseñor José Rodríguez Seckler, rector del órgano de las asociaciones católicas de la diócesis de San Carlos, denodado apóstol y propagandista de la Defensa Social y acérrimo esbirro de la mala prensa, se halla acusado ante el Juzgado del delito de haber intentado corromper y estropear una niña en el coro de la iglesia matriz de que era vicario, abusando de la ocasión de ir con otras dos al catecismo preparatorio de la primera comunión. El hecho ocurrió el 25 de Abril á las cinco de la tarde.

Los acusadores son: D. Enrique Chiaso y esposa y D.ª Ana Zoccolotti. La víctima y sus compañeras se llaman: Coralia, Mariquina, Angelina. La denuncia está avada por el abogado P. Deferimento. Los periódicos que lo cuentan son: *A Lanterna* y *La Vedetta*.

Con que, señores Defensores: á defender á vuestro colega y á defender de violadores la catedral de San Carlos. Y recuerdos del párroco de San Vicente de Sevilla y de las chicas por él santificadas.

2.º Estamos en la ciudad de Rio. A altas horas de la madrugada cruza á lo largo de la Gloria un reverendo ministro del Papa Pio X, individuo nato de la Defensa Social. Un mozo le sigue. El Padre entra en el jardín; el otro también. Un guardia se pone en acecho.

—¡Tapal! ¡tapal! exclama el guardia.

El mozo fué apresado activamente, y pasivamente el Padre se dejó llevar á la D.ª lega.

¿Quién lo cuenta? El *Século*.

É, socios activos de la D.ª f.ª; á archivar á ese guardia irrespetuoso.

3.º Lugar, Fasano (Italia). ¿Quién es él? El Padre Tomás Fardela. ¿Quién es ella? Una niña de once años. ¿Fecha? El 10 de Junio. ¿Delito? Violación. ¿Consecuencia? Encarcelamiento del Padre, convicto y confeso. Pueblo alborotado quiso lincharle. ¿Pormenores? En la *Defensa Social*, encubridores de sátiros contra los menores indefensos. (*Telegrama de la Prensa*).

4.º Es urgente que la *Defensa Social* envíe sus abogadillos y esbirros á Veidun, en cuyos tribunales se está ventilando una causa atrocemente escandalosa.

Trátase de un ilustre ministro del Señor, en comunión con el Papa, que ha penetrado en el hogar conyugal de una respetable familia, seduciendo la

esposa á dejar su marido y entregarle á él sus bienes.

De los procedimientos puestos en práctica podrán informar á los señores Ponce de León, el excofesor de doña Amalia Mayo, exsecretario del General de los franciscanos de Madrid, y el Barón de...

Antropófagos

El doctor Zirn dice que la antropofagia hace estragos en la parte meridional del Camerón.

Los makas, entre otras tribus, á fin de que nada se pierda, se comen á sus propios muertos. ¡Esto se llama amor á la familia!

Los ricos, que no comen más que carne fresca, compran á las tribus próximas «ganado humano», lo engordan, y cuando «el animal» se encuentra en su punto, el carnícero del lugar lo despacha de un martillazo, y la fiesta comienza.

El doctor Zirn se muestra indulgente con aquellos antropófagos, por la carencia en aquellas regiones de carnes y pescados.

¿Se mostará tan indulgente con los católicos, que hacen más que aquellos antropófagos, pues se comen á su dios en la Eucaristía?

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

En qué piensan los gañanes

Arde en el horno el retorcido tuero,
y bajo la gritada chimenea
de gañanes reúne la asamblea,
de invierno en las noches, el casero.

Y mientras zumba poderoso y fiero
el aquilón y el rayo centellea,
y el granizo los campos apedrea,
y muere helado el tímido cordero,
en amorosa plática sumidos,
reliendo patrañas y contando
cuentos de encantamiento y bujería,
a robados potenciales y sentidos,
se duermen venturosos y pensando
en no trabajar mucho al otro día.

Como balsa de aceite

Ompos de soledad, cómo os ansiaba,
ganosa de la paz, e alma mía!
En gozaros no más un solo día
mi fatigado espíritu soñaba.

Allí todo con burlas me engranaba:

aquí todo es contento y armonía,

y dulce conlinda y alegría,

que ni el recuerdo de la muerte acaba.

—Que el boyero cortijo á la cabrera,
y el cabrero se huele el amasijo...

—Que huela huevos y queso la boyera...

—Que la inocente Juana tuvo un hijo...

—Que los gañanes arman pelotera...

—¿Qué bien anda la paz por el cortijo!

Pajarito.

Unido á la carreta, sin descanso
lleva la mies á las redondas eras,
subiendo por las áridas laderas
y salvando el arroyo y el remanso.

De Ramón el gañán, cual todos gañan,
sufriendo las estúpidas mancebas,
con el arado arranca las más fieras
espinas. «Pajarito» noble y manso.

¡Pobre animal! El colma los afanes
del labrador. Por noble, comparada
su nobleza se á con los Guzmánes.

Mas ¿quién grita con voz desahogada?
Es Ramón, el gañán de los gañanes...
«Pajarito» le ha dado una cornada.

Fraternidad

No quiero la ciudad, el campo quiero;
allí todo es engaño y vil falsía,
y torpe adulación, hipocresía,
odio ruin, estúpido y artero.

Aquí todo es afecto verdadero,
y dulce conlinda y alegría:
ni á villanos afrenta villanía,
ni entontece nobleza al caballero.

Nadie, nadie en el campo es peregrino
cual lo es en la ciudad el infelice
que en la espantosa soledad se agita.

Aquí se topan dos en el camino,
y si—«vaya con Dios»—el uno dice,
«ó la bolsa ó la vida»—el otro grita.

D. LORENZO DE MIRANDA

En Daimiel piden los curas para las
Animas, y dan un recibo de la canti-
dad que los devotos entregan.

Creo que sacarían más dinero si pu-
dieran presentar luego un documento
en que constase la baja en el Purgato-
rio y el alta en el Cielo de las Animas
á que aplicasen las misas.

En cuestiones de ochavos, mientras
más formalidades se llenen, más gana
el crédito de quienes los manejan.

Uruguay y España

A las muchas reformas introducidas
de algunos años acá en su legislación
como otras tantas conquistas de la ci-
vilización moderna, debemos agregar la
que señala la ley votada por aquel
Congreso en su sesión del 11 del co-
rriente, y que dice así:

«Artículo 1.º Quedan derogados to-
dos los honores, excepciones y prag-
máticas que establecen las leyes de la
república para las personas ó símbolos
religiosos».

«Art. 2.º El ejército no concurrirá á
ceremonia religiosa alguna. Los jefes,
oficiales, clases y soldados pueden ha-
cerlo individualmente».

«Art. 3.º Quedan suprimidos los car-
gos de capellanes del ejército».

«Art. 4.º La bandera nacional no se
abatirá ante persona ni símbolo alguno
religioso».

Como se ve, los diputados urugua-
yos tienen un concepto más elevado de
sus funciones como tales y de sus res-
ponsabilidades ante la conciencia po-

pu'ar, que los de nuestro pueblo. Estos toleran con verdadera «mansedumbre cristiana» que continúe aumentando diariamente la ya fabulosa partida que el presupuesto nacional asigna al sostenimiento del culto católico, y que se alee un nuevo convento cada semana.

Sería cosa de ver si podíamos cambiarlos por los de allí, aunque tuviéramos que dar algo encima.

Más no, que sería un tonto con el vicio de lesión enormísima, y podrían los uruguayos llamarse á engaño cuanto los vieran, y de hacerlo.

Conforme á mémonos, por tanto, con nuestra desgracia, y envidiemos su fortuna.

EL SERMÓN DE UN DOMINICO

Por casualidad oí hace pocos días predicar un sermón á un padre dominico. Los dominicos han tenido siempre fama de sabios, pero he de confesar que el dominico que yo oí dió pocas muestras de sabiduría y de elocuencia.

Sin embargo, se halla en tal decadencia la oratoria sagrada que, sin ser una oración sobresaliente, no estaba dispuesto á mostrarme severo con el susodicho fraile, diciendo para mí: «Otros lo hacen peor»; pero he aquí que al final del sermón se pone á hablar de milagros, y queriendo demostrar que Vicente Ferrer hizo milagros, cita uno estupendo.

Decía el fraile: «Predicaba San Vicente en... (no recuerdo el sitio que mencionó)... ante un concurso de más de seis mil personas, y después de exhortarlas á apartarse del pecado y á emprender la senda de la virtud, exclamó: «Yo soy el ángel del Apocalipsis». Un murmullo prolongado se escuchó entre el auditorio. Los más devotos, lo mismo que los tibios en la fe, consideraron aquello como una arrogancia y un acto de vanidad impropio de un ministro del Señor. Comprendiólo San Vicente y repitió con energía: «Yo soy el ángel del Apocalipsis»; y por si alguno lo duda voy á probarlo con un milagro. Id á tal sitio, allí encontraréis una mujer difunta, traedia y yo la resusitaré». Inmediatamente se lanzaron los oventes en busca de la mujer muerta. Llegaron al lugar indicado por el santo, y encontraron efectivamente el cadáver que buscaban. Cargaron con él y se lo llevaron á San Vicente. Este le preguntó: «¿Es verdad que yo soy el ángel de la Apocalipsis?». La difunta interrogada, en medio del estupor de la multitud, se incorpora y dice: «Tú eres el ángel del Apocalipsis». San Vicente le pregunta entonces si quería continuar viviendo ó volver á morir; ella contestó que quería seguir viviendo; «pues vive» dijo el santo, y efectivamente vivió sana buera durante bastantes años.

Este es el milagro estupendo que refirió el dominico y que yo creo efectivamente que consolará en la vida del santo.

Ahora bien; yo pregunto á las autoridades eclesásticas, á las personas ilustradas que todavía se llaman católicas, ¿Es este el medio mejor de evan-

gelizar á un pueblo en los comienzos del siglo xx?

En los tiempos en que las gentes estaban mucho más atraídas que ahora, podían referirse impunemente esas cosas; pero al presente, aun en las últimas aldeas y tratándose de rudos campesinos, al escuchar milagro tal se les ocurre á los mismos creyentes dudas profundas que vienen á perjudicar su fe religiosa. El más devoto se pregunta allá en su interior:

«¿No habrá San Vicente preparado ese milagro? ¿Quién examinó á la supuesta difunta para cerciorarse de que no vivía? ¿Es cosa fácil determinar si un individuo está muerto ó no, cuando los mismos médicos vacilan hoy en asegurarlo hasta que se presenta la descomposición? Si efectivamente aquella mujer estaba muerta ¿cómo quiso seguir viviendo? ¿Tan poca afición al cielo tenía que no pidió al santo volver á morir para ir á gozar de la presencia de Dios? ¿No revela el hecho de que siguiera viviendo, el que aquella mujer no estaba muerta de verdad y fué todo una superchería del predicador? ¿Por qué ahora, que hay más incrédulos que en el siglo xiv, no se dan esos milagros que á tanta gente convencerían? Si San Vicente fué el ángel del Apocalipsis, ¿cómo es que el mundo no se ha acabado todavía ni lleva trazas de acabar después de seis siglos de haber aparecido dicho ángel sobre la tierra? ¿Por qué la Iglesia lo ha elevado á la categoría de santo y no ha respetado su carácter de ángel? ¿Es que la Iglesia duda de la afirmación del santo? ¿Es que la Iglesia no admite plenamente el milagro? Si no lo admite, ¿por qué consiente que se narre en una gran población y ante un público ilustrado que ha de escucharlo con prevención?

Todas estas preguntas se formulan entre los mismos católicos. No hablemos de los tibios y de los que no creen; éstos se afirman más en sus dudas al ver que la Iglesia emplea recursos semejantes para evangelizar á las gentes.

Y he aquí como se cumplen las leyes fatales de la vida. La religión católica está destinada á morir, y no es ya de los clubs y de las logias de donde parten los golpes que la llevan á la decadencia y á la decrepitud; es de los mismos templos, es de la cátedra del Espíritu Santo de donde parten los dardos más acerbados y que más daño le hacen.

La religión católica remozándose, bañándose en el espíritu moderno, adaptándose al medio ambiente en que se encuentra, pudiera prolongar indefinidamente su vida, porque es muy difícil matar una religión que hace dos mil años viene ejerciendo el dominio supremo sobre el mundo, pero aferrada á tener frailes dominicos y á que éstos prediquen en la misma forma que predicaba San Vicente hace seiscientos años morirá muy pronto. Ella misma acelera su decadencia y su fin.

Cazally

La sanguijuela católica

En Marruecos hay dos mil familias católicas.

El Estado español gasta en el culto y clero de esa gente, ciento veinte mil pe-

setas anuales, saliendo cada familia á sesenta pesetas de hostias y agua bendita.

Y como á ellas les costarán tres veces más los servicios que los frailes les presen-ten, ¿che usted dinero de largo para los frailes.

Caro está el alimento para el cuerpo...

¡Pero mire usted que para el alma...

Esto es una ruina completa.

No se puede vivir.

Ni siquiera en Marruecos.

Detentacion fabulosa

¡VEINTE MILLONES DE PESETAS!

Labor improba es la de este humilde cronista al relatar esta *historia negra* de lágrimas, iniquidades, horrores y latrocinio.

Un murciano me asegura que no la acabaré.

—¿Por qué, amigo?

—Porque tropezará usted con oventes presidiables.

—Enfrente de eso, ponga usted valor cívico—replico.

¿Qué quiénes son esos detentadores, esos monstruos de iniquidad? Consignaré sus nombres una vez más.

El Excmo. Sr. D. Justo A... y B..., exsenador y exdiputado, banquero, propietario, gran industrial, cónsul, naviero, multimillonario, agricultor, ganadero, minero, comisario regio de enseñanza y presidente del Fomento provincial de M... y CACIQUE MÁXIMO.

Otro detentador megaterio:

D. Joaquín M... y S..., exalbardero y procurador, millonario y cacique en Murcia, merced á los millones rapiñados.

Detentador tintorera:

Doña Carmen C... y M..., esposa de aquél y de consiguiente exalbardera, procuradora, millonaria y *caciquesa*.

¡Buena trínca! ¡Hay que hacerles el cartel que se merecen!

Eso es lo que me he propuesto y no otra cosa: que conste.

¡QUIEN QUIERA HONRA QUE LA GANE
JOAQUÍN JUST

(España Libre)

Obra nueva

PEY ORDEIX

Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

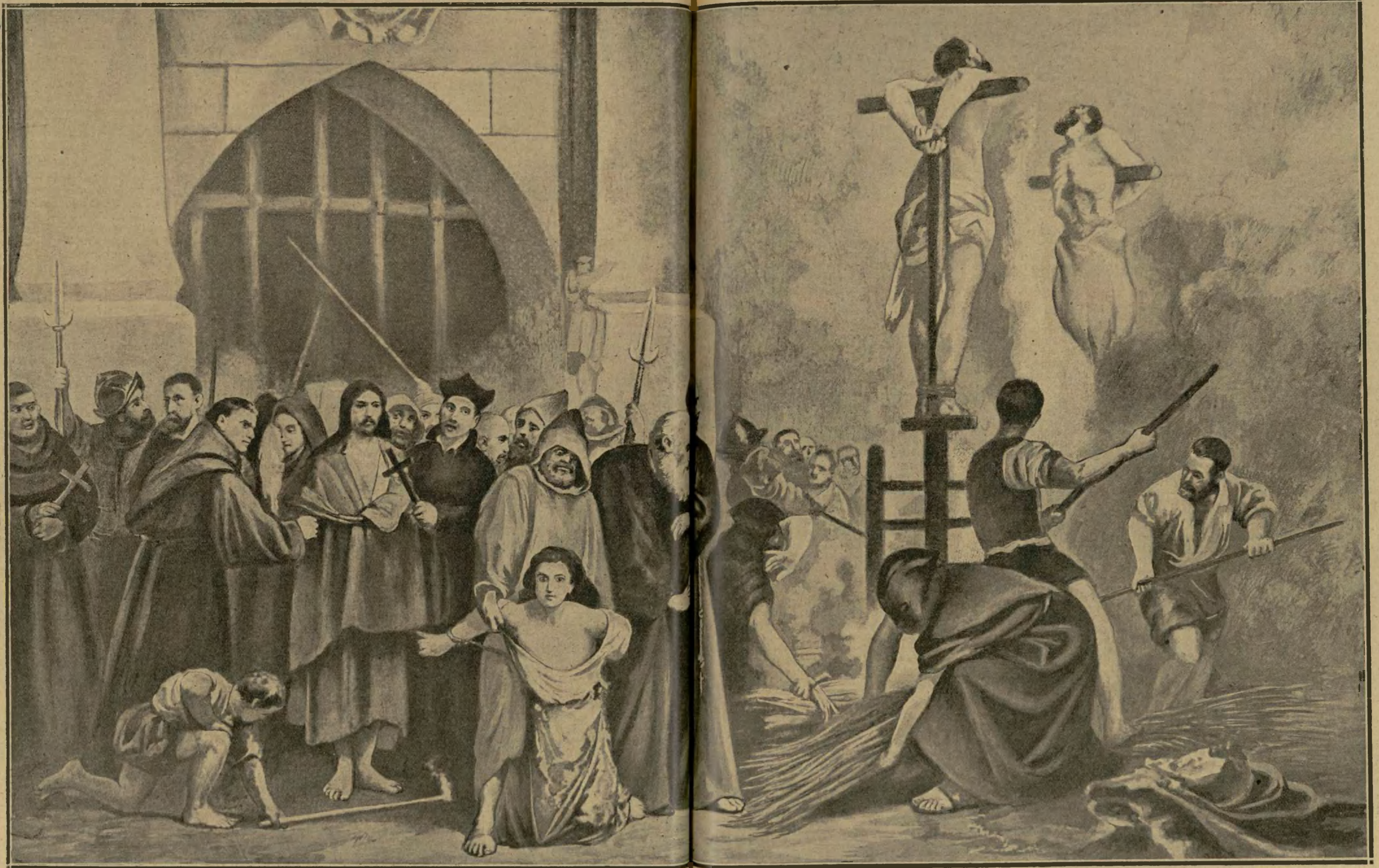
DOCUMENTOS INÉDITOS.—GRABADO DEL CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: TRES pesetas

De venta en las principales librerías. Pedidos á esta Administración.

A los suscriptores de EL MOTIN el 25 por 100 de rebaja.

EL MOTIN



Un Auto de Fe en España, en la Edad Media. (Cuadro de Robert Fleury.)

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

6. P.—¿Qué dirías tú del obispo que te dijese ser vicario de Cristo?

H.—Le diría: si eres vicario de Cristo, haz lo que hizo Cristo, esto es, renuncia á tu casa, da para los pobres tu dinero, anda á visitar presos y á cuidar enfermos, á defender todos los débiles y á reprender todos los tiranos; y cuando hayas hecho todo esto, déjate abofetear y crucificar, y entonces *habrás hecho las veces que hizo Cristo*. Si no, y haces todo lo contrario, si bebes como Baco, tiranizas como Júpiter, mientes como rabino y cazas misas y testamentos como Mercurio, no eres sucesor de Cristo, sino el Judas de Cristo, y tu destino es el árbol para ahorcarte si tienes conciencia de tu traición.

7. P.—¿Dicen que Cristo vivió sin trabajar y que el clero no debe trabajar para comer?

H.—Mienten los que esto dicen. Cristo trabajó sus treinta años, y solo no trabajaba cuando tenía mayores trabajos. San Pablo decía: la vergüenza me mataría de vivir sin trabajar, á costa del trabajo de otros.

LECCIÓN XVI.—DE LOS SUPUESTOS FUNDAMENTOS DE LA IGLESIA.—DE LAS NOTAS DE LA IGLESIA.

1. PADRE.—El catecismo habla de las *notas* ó formas externas por las cuales se puede conocer la verdadera Iglesia de Cristo. ¿Qué me dices de esto?

HIJO.—Que sí, hay una nota señalada por Cristo en estas palabras: «*si hacen lo que yo hago, en esto les conoceréis*».

2. P.—¿Encontrarías tú las notas principales de Cristo?

H.—Según la Iglesia, siendo Dios se hizo hombre humilde; siendo hijo de David, se hizo hijo de la plebe; siendo rico, se hizo pobre; siendo poderoso, se hizo indefenso é hizo bien á todo el mundo.

3. P.—¿Cómo ejecuta la Iglesia estas notas?

H.—Las ejecuta al revés. Habiendo nacido en el patíbulo ha usurpado el trono Vaticano: siendo hija de un crucificado, se ha hecho inquisidora para llenar de hogueras la tierra; siendo pobre ha acaparado la propiedad, joyas y tesoros; comenzando por mártir, se ha hecho tirana, y ha llenado el mundo de pechos, muertes, guerras y vicios.

4. P.—¿Qué se saca de estas notas?

H.—Los cristianos celosos como Savonarola y Servet, sacaban que esto es invención del Anticristo.

5. P.—Según esto, la Iglesia, Santa en un principio, se ha corrompido. ¿Qué merece este cambio de su conducta?

H.—Si cuando obraba como Cristo fué admitido el clero con los honores de Cristo y de bienhechor, al obrar lo contrario debe ser tratado al contrario, como un malhechor.

LECCIÓN XVII.—DE LOS MISTERIOS

1. PADRE.—¿A qué llama misterios la Iglesia?

HIJO.—A supuestos hechos supuestamente revelados que repugnan á la ra-

zón humana ó carecen de fundamento.

2. P.—¿Es ilícito creer los misterios que pugnan con la razón?

H.—Según la Teología es ilícito.

3. P.—¿Por qué es ilícito creer los misterios según la Teología?

H.—Porque la Teología enseña que la Razón ha sido dada por Dios al hombre para distinguir la verdad del error, y sólo debe aceptar como verdad lo que ella comprende ser tal.

4. P.—¿Sabías demostrar el absurdo moral de creer en los misterios?

H.—Sí, señor. El creer es un acto de la inteligencia, como el ver es un acto de los ojos. La inteligencia sólo puede creer lo que el a entiende, como la vista sólo puede ver lo que le transmiten los ojos. Al decir *creo* lo que la inteligencia no entiende, es mentir. Ante lo que no se entiende, la inteligencia dice siempre solamente: *yo no entiendo*.

5. P.—¿Cómo dicen, pues, los sectarios: *yo creo*?

H.—No es por acto de la inteligencia, sino de la *voluntad*, que es como si dijera: *yo quiero entender lo que no entiendo y afirmo lo que ignoro*: que es como querer ver por los ojos y oír por los oídos.

LECCIÓN XVIII.—DE LA REVELACIÓN

1. PADRE.—Has dicho que los misterios son hechos supuestamente revelados. ¿Qué quiere decir esta suposición?

HIJO.—Que los sectarios religiosos afirman que Dios ha revelado tales hechos, siendo absurda la tal revelación, aun en su sistema.

2. P.—¿Por qué es absurda?

H.—Por muchas razones. La 1.^a porque el *espíritu puro* que suponen ser Dios, carece de medios para revelarse como tal al espíritu físico del hombre y necesita en todo caso valerse de medios físicos, como lo supone la Escritura, unas veces en forma de nube, otras de ángel, otras de hombre fantástico, otras de hombre real. Y como quiera que el hombre sólo puede percibir y comunicar con las *formas físicas*, y nunca directamente con el *espíritu puro*, de aquí que nunca pueda estar cierto de ser Dios quien le revele aunque lo fuese.

2.^a Porque la Teología enseña que el universo es la revelación positiva de Dios y la Razón es la facultad divina para conocerla, y por tanto es superflua toda revelación contraria á esta.

3.^a Porque las supuestas revelaciones han sido históricamente refutadas en sus hechos elementales.

4.^a Porque las Iglesias se han hecho dueñas de admitir ó reprobar las revelaciones, sometiendo los supuestos juicios de Dios al juicio equivoco de sus obispos y sacerdotes indoctos.

5.^a Porque la única garantía de los hechos revelados son los sacerdotes de las respectivas iglesias y unos á otros se contradicen, se persiguen y llevan á la guerra los pueblos, haciendo del *Dios revelador* un Ente facineroso.

6.^a El propio clero, que invoca la revelación de los profetas, es el que mató los profetas por impostores, sin exceptuar el mismo Cristo.

LECCIÓN XIX.—DE LOS LIBROS SANTOS.—DE LA BIBLIA.—DEL CATÁLOGO BIBLICO

1. PADRE.—¿Dónde afirma la Iglesia que se contiene la revelación?

HIJO.—En los llamados libros santos, que son la Biblia ó Antiguo Testamento y los libros del Evangelio ó Testamento Nuevo, y en la Infalibilidad Eclesiástica.

2. P.—¿Qué relación tienen el Antiguo y Nuevo Testamento?

H.—Ninguna; y mejor dicho, son tan contrarios, que por virtud de las leyes y doctrinas del Antiguo Testamento fué procesado como hereje y crucificado como impostor Jesucristo.

3. P.—Sin embargo, Jesucristo invoca muchas veces el Antiguo Testamento. ¿Cómo se explica la contradicción?

H.—Porque en el Antiguo Testamento hay contradicciones: las unas favorables á Cristo y otras contrarias. El invocaba las favorables para argüir al clero; éste citaba las contrarias para perseguirle.

4. P.—Según esto, ¿la Biblia no es un cuerpo lógico de doctrina?

H.—No lo es, sino que abundan los anacronismos en el orden histórico y las contradicciones morales y filosóficas.

5. P.—¿Qué quiere decir *Biblia*?

H.—Quiere decir *conjunto de libros*.

6. P.—¿De modo que hay muchos libros en la Biblia?

H.—Sí, señor: el catálogo bíblico comprende cuarenta y cuatro libros.

7. P.—¿Están en ellos todos los que suponen revelados?

H.—No, señor; en estos libros se citan otros que los católicos dicen haberseles perdido y extraviado.

8. P.—¿De modo que la Iglesia confiesa que no tiene todo lo que según ella Dios le confió?

H.—Los autores eclesiásticos cuentan catorce libros citados en los conocidos y perdidos por la Iglesia.

9. P.—¿Fueron escritos por un solo autor y en una misma época?

H.—No, señor; son muchos los autores á quienes se atribuyen. Moisés, el más antiguo, vivió en el siglo xvi antes de Jesucristo, según la Biblia; los últimos son de la profetisa Ana, que vivió en el siglo i, antes de Cristo, de modo que fueron escritos en un período de mil quinientos años, según las cuentas de la Iglesia.

10. P.—¿Son ciertos los autores á quienes se atribuyen?

H.—No, señor. De algunos, como del profeta Malaquías, no se sabe siquiera si fué hombre real; de otros se ignora cómo se llamaron y en qué tiempo y lugar vivieron; de otros, como el de los Macabeos, no se sabe siquiera lo que significa el título del libro.

LECCIÓN XX.—DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO EN GENERAL SEGÚN LA BIBLIA

1. P.—¿Qué concepto del Tiempo se desprende de la Biblia?

H.—Un concepto confuso y contradictorio. Confuso, por no definirse; contradictorio, por establecer una idea de tiempo llamada *eternidad*, negativa de la verdadera idea de tiempo.

2. P.—¿Sabrías explicar mejor estas ideas difíciles?

H.—Sí, señor. La idea de *tiempo* es la duración y medida del movimiento de las cosas, y por tanto es una idea de *relación* y no de *sustancia*, de modo que sin las cosas en movimiento no hay tiempo posible. Hablar, pues, de alguna idea de *tiempo* anterior á las cosas, es una locura llamada *antilogía*.

3. P.—¿Qué valor debe darse, pues, á la palabra *eternidad*?

H.—En puridad resulta que los religiosos llaman *eternidad* al tiempo, que suponen anterior y posterior al tiempo que conocen ó que pretenden conocer; es decir, lo *desconocido*.

4. P.—¿Qué concepto tiene la Biblia del Espacio?

H.—Al espacio físico conocido por la astronomía de los autores de los libros, llámalo *universo creado*, dividiéndolo en *cielo*, habitación de los santos; en *tierra*, habitación de los hombres vivientes, y en *infierno*, presidio de los malos.

5. P.—¿Cómo delimitaba geográficamente estos espacios la Biblia?

H.—Considerando los antiguos continentes como única tierra firme en una superficie plana, en el hemisferio superior colocaba al cielo, en el inferior colocaba el infierno.

6. P.—¿Cómo se acusó la falsedad de esta geografía?

H.—Descubriendo Colón el Nuevo Continente y los antipodas, con lo cual no hay *arriba ni abajo*, y descubriendo Galileo el sistema planetario solar.

7. P.—¿Qué hizo la Iglesia con tales sabios?

H.—Los teólogos españoles condenaron á Colón, y los romanos condenaron á Galileo como herejes.

LECCIÓN XXI.—DEL TIEMPO EN PARTICULAR, SEGÚN LA BIBLIA

1. PADRE.—Has dicho que hay contradicciones en la Biblia; sin embargo, algún hecho habrá cierto. ¿Cuáles son los hechos más principales que cuenta la Biblia?

Hijo.—El que llama de la creación de Adán y el nacimiento de Cristo.

2. P.—¿Se sabe á punto fijo las fechas?

H.—No, señor; hay 107 opiniones diferentes, todas de autores eclesiásticos. De uno á otro extremo de estas opiniones, hay tres mil doscientos cuarenta y cuatro años de diferencia.

3. P.—¿De modo que los católicos confiesan no saber el tiempo en que vivió Adán?

H.—No, señor. No saben ni el tiempo ni el país en que vivió.

4. P.—¿Qué hay que pensar de una historia de hechos humanos que no cita el lugar ni la fecha de la ocurrencia?

H.—Que ó es una leyenda imaginaria ó su redacción es una algarabía para volver locos á los hombres y que, en ningún caso, tiene forma alguna convincente.

5. P.—¿Qué época aproximada señala la Biblia al hombre y al planeta?

H.—Cuatro mil años antes de Cristo.

6. P.—¿Qué hay que pensar científicamente de esta fecha?

H.—Que es una falsedad inmensa.

S. P. O.

(Continuará.)

Lance gracioso

Ha ocurrido en Bari (Italia).

Vivía en una casa de la calle Manzoni una pareja que se iba á unir matrimonialmente, pero que entretanto obraba como si ya lo estuviera.

Una noche regresa él á su nido de amor, y entra sin hacer ruido, para gozarse en la sorpresa de su bien amada.

Penetra conteniendo el aliento en la alcoba, y efectivamente, la joven se sorprende, da un grito, que él encantado hubiera sofocado con un tierno beso, si no da la pícara coincidencia que al mismo tiempo salta del lecho un joven apuesto, que se dirige como un rayo al sitio donde había dejado una sotana y un bonete, y procura escapar con ellos bajo el brazo.

Inspirado sin duda por la divina providencia, el joven burlado empuña un garrote y lo descarga furiosamente sobre el cura, sin reparar en la parte donde caen los golpes.

El ministro del Señor suelta sotana y cobertera, y desaparece en paños menores...

La joven es conducida luego por el joven á la casa de sus padres...

¡Y gloria á Dios en las alturas y garrotazos en las costillas á los curas de buena voluntad!

Trapacerías pontificias

Revelaciones de un obispo

Es el obispo de Cremona el que ha hecho las declaraciones siguientes publicadas por el diario *Perseveranza*. Los periódicos neos intentaron desmentir su procedencia, y el periódico les impuso silencio conminándoles con una querrela criminal por difamación.

He aquí lo que dice el obispo:

«Puedo afirmar que León XIII había tratado desde el comienzo de su pontificado de buscar un medio de reconciliación con el rey de Italia, hallando propicio á Humberto I y á otros personajes de su política. El proyecto fracasó á causa de Francia, que amenazó á León XIII con retirar la embajada si se verificaba la reconciliación.

Un día León XIII llamó á monseñor Scalabrini, obispo de Piacenza, para encargarle escribiese un libro contra los *Intransigentes*. El Papa le fijó el sumario, que el obispo había de desenvolver. El obispo vino á consultarme con este objeto, solicitando mi colaboración. Yo no pude concedérsela á causa de mis quehaceres. Bien pronto, monseñor Scalabrini encontró en su obra grandes dificultades por tratarse de cuestiones muy delicadas. ¿Qué hacer? Lo mandaba el Papa y no había más remedio. Con este pretexto, el obispo hizo caer al Papa en la celada de una correspondencia tirada, que le facilitó acabar el libro con la deliciosa prosa del pontífice.

«Publicóse el escrito con la firma de *Un Prelado*. Apenas dado al público, cargó contra él y contra el autor, *L'Osservatore Cattolico*, atacando furiosamente al obispo, que se vió envuelto en ataques peligrosos. Harto de esta campaña, el obispo se presentó al Papa intimándole su decisión de publicar la historia secreta del libro. León XIII le rogó no le comprometiese y que callase, como así se hizo.

Resumen

Un Papa que utiliza á un obispo para

testaferro. Un obispo que sirve de testaferro al Papa. Un diario católico que se levanta contra un libro del Papa, destrozando al testaferro.

Un Papa cobarde que sacrifica un testaferro á su conveniencia y no se atreve á meter mano á un periódico vaticano.

Un obispo que conocía estas infamias y se callaba como un muerto; y después de la infamia de callar cuando debió hablar, habla ahora que debiera callar.

Estas gentes son las que gobiernan á España, utilizando de testaferros á los ministros de la Corona.

¡Y el pueblo español tan quietecito!

Por pasar el rato

Hablando de un sermón pronunciado en Vitoria por el P. Ludovico, dice un periódico de aquella capital:

«El templo llenísimo. Entre los concurrentes, vemos militares, abogados, médicos, profesores, muchos sacerdotes, el intelectualismo de la ciudad, en una palabra».

Me lo explico. Es la vida tan pesadamente monótona en ciertas capitales de provincia, que se impone la necesidad de matar el tiempo en cualquier parte. Y á falta de otro espectáculo más distraído...

¿Dónde va Vicente? Donde va la gente.

Que abrieran teatros y circos y cinematógrafos gratis, y celebraran corridas de toros al mismo precio, y ya veríamos quién iba á escuchar los sermones del P. Ludovico.

Tipo repugnante

Muchos tipos despreciables hay en la sociedad presente; mas ninguno tanto como el maestro de escuela sometido al clericalismo. Todo lo que tiene su profesión de grande y civilizadora, la convierte él en mezquina y canallesca.

Un ejemplo entre varios:

Murióse un hijo en Aciracejos al vecino R.stituto Blasco, el día 19 de Julio. Tató de enterrarlo civilmente, mas no pudo conseguirlo, aunque el alcalde no se oponía.

Fijada la hora para el entierro católico no pareció el cura, pero envió un monaguillo con un papel en que decía:

«R.stituto: Esta tarde á las seis y media será el entierro de su hijo Manuel. En atención á usted y sabido que no quiere bautizar su niño, por no darle dinero á los curas, su difunto niño será enterrado de caridad; y si quiere que su entierro sea de los llamados de estola, entregará al dador tres pesetas y veinticinco céntimos.

Soy de usted capellán, Martín Cabañero y Ayala.»

Para comprender todo el alcance cruel de esa carta, conviene advertir que el desgraciado padre tenía agoni-

zando otro hijo, que murió el día 21. Este fué enterrado civilmente.

Y ahora entra en escena el maestro. Verificados los dos entierros en la forma que he dicho, el de ese pueblo envió á un periódico de retrete (es decir, católico), que se publica en Pozo Blanco, el escrito siguiente:

• ALCARACEJOS

Dos entierros

El obrero de estas minas Restituto Blasco Bermudo tenía dos hijos: el mayorcito, de unos cuatro años de edad, bautizado; y el pequeño, como de año y medio, sin bautizar.

Se le murió el mayor hace cuatro días y quiso el padre obtener autorización para enterrarlo civilmente. No lo consiguió y recibió sepultura en el cementerio católico, contra su manifiesta voluntad. ¡Un desencanto!

Pero como esta vida tiene de todo y para todos, la muerte visita nuevamente el hogar del disgustado padre y le roba el único hijo que le quedaba, con el que ha podido cumplir su deseo de que sus restos hayan sido enterrados en el cementerio civil. ¡Satisfacción amarga!

Los extravíos de la imaginación que hacen al hombre iluso y esclavo de la singularidad, deben encontrar freno en la razón descarnada de los hechos.

JOSE VENTURA

El estilo empleado por ese maestro al ocuparse de la desgracia de ese padre desventurado, le hace merecedor del desprecio de toda persona honrada.

Los vecinos del pueblo deben impedir que sus hijos vayan á desmoralizarse á su escuela, y procurar echarlo.

Caín sacerdotal

Los tribunales de Aquila (Italia) han condenado á un cura llamado d' Ignacio, á catorce meses de cárcel.

¿Por qué causa? Por haber atentado contra la vida de una hermana suya que quería casarse, mientras él se empeñaba en que fuese morja.

Unos de los días que discutían el asunto, emberrenchinóse el ministro del Señor, y largó á su hermana un metisaca que la puso á las puertas de la muerte.

El celo religioso ha empapado de sangre este diminuto planeta, elegido por Jehová para residencia de su Hijo durante treinta y tres años.

¡Un duro al año!

I

Monte arriba, cara al viento, buscando reposo y calma, íbame yo muy contento dándole descanso al alma, y cuando á lo alto llegué y al dar la vuelta á la cima, un rebaño me encontré que se me venía encima. Avanzaban las ovejas

marchando al paso tranquilas, y pasaban las parejas al sonar de la esquilas; y á los últimos reflejos de los rayos vespertinos, las vi perderse á lo lejos por los ásperos caminos. Detrás de ellas, lentamente, dando al aire una canción, y sacando indiferente su mendrugo del zurrón, venía un pastor, un niño, un imberbe zagalejo, que me inspiró ese cariño que es tan súbito en un viejo.

—Hola, ¿tú eres el pastor?
—Sí, señor, ¿y qué se ofrece?
—¿Tienes padres?— No, señor.
—¿Cuántos años tienes?— ¡Trece!
—¿Y cuánto ganas, amigo?
—Un duro. ¿Al día?— ¡Anda, maño!
—¿Un duro al mes?— ¡Que no, digo!
— ¡Un duro al año!

II

Le dejé que se marchara y en el monte me senté, y avergonzado, la cara en las manos oculté.

.....
Pasaron por mi memoria templos, palacios y reyes, los aplausos y la gloria, los discursos y las leyes, los millones del banquero, las fiestas del potentado, réditos del usurero, ladrones en despoblado, fortunas mal heredadas en el tapete perdidas, cortesanas celebradas de ricas galas prendidas, los que del lujo se ufanan, tantas glorias, tanto daño... y en tanto hay seres que ganan...
— ¡Un duro al año!

III

¡Un duro! ¡Oh, Dios! ¡Cuántas veces lo habré derrochado yo en miles de pequeñeces que mi gusto me pidió! En comer sin tener ganas, en caprichos, en favores, en vanidades humanas, en guantes, coches y flores, en un rato de placer, en un libro sin valor, en apostar, en beber, en humo, en un buen olor... Y ese duro que se olvida en cuanto correr se deja, era un año de la vida de aquel niño que se aleja... Y vi que somos peores todos los seres humanos, unos, falsos señores, otros, falsos puritanos, ya ateos y ya creyentes, todos en el daño iguales, resolviendo diligentes grandes problemas sociales; y hay seres que en esa edad que ignora su propio engaño, deben á la humanidad...
— ¡Un duro al año!

IV

¡No! Mientras del frío Enero en una espantosa noche, mi prójimo, por dinero me lleve á mi casa en coche; mientras de la mina oscura

saque el carbón tanta gente, pasando tanta amargura para que yo me caliente; mientras de la alegre fiesta salga yo, que siento y creo, y al pobre que me molesta le mande airado á paseo; mientras derroche la moda, y se gasten grande ó chico, mil duros en una boda, mil en entierros del rico, y hasta el sol desigual sea en dar al hombre sus rayos, y haya niños con librea que me sirvan de lacayos, ni creo en leyes humanas ni en el que las bombas tira... ¡palabras, palabras vanas, mentira, todo mentira! No hay á las penas consuelos, ¡sufrir y siempre sufrir! ¡El Cristo se fué á los cielos, pero volverá á venir! Su reino será de espanto, sus leyes muy diferentes, ¡y allí se ha de ver el llanto y el rechinar de los dientes! Y ha de subir á mil codos más alto, el nuevo diluvio, y en él moriremos todos; y más alto que el Vesubio nos ha de ver impasible, ese niño, ese pastor, ya convertido en terrible ángel exterminador, y entre torrentes de lava, gritará de su alto escaño: — «Yo soy aquel que ganaba
— ¡Un duro al año!»

V

Así, á mis solas decía solo, en la cumbre del monte, mientras el sol se escondía en el rojizo horizonte. En la sombra se ocultaban lentamente las aldeas, y en la ciudad humeaban las fabriles chimeneas. Véanse allá las cruces de las santas catedrales, y los rayos de las luces de las fiestas mundanales. Allí viven reunidos miles de seres humanos; allí rezan compungidos los que se llaman cristianos entre el ruido y movimiento de las modernas ciudades, resumen triste y cruento de las necias vanidades... Y allá, perdido en la plana, cantando, tras su rebaño, iba aquel niño, que gana
— ¡Un duro al año!

EUSEBIO BLASCO

Favor pagado

He oído contar el siguiente chisme como ocurrido aquí, en Barcelona, y hasta se ha dicho que el protagonista fué un cura muy aprovechado, conocido por «mosén Pollastre».

El tal declaró en causa instruída contra un encarcelado por los sucesos de Julio de 1909.

Entre los muchos conventos é iglesias á que los anticlericales de Barcelona pegaron fuego durante la gloriosa semana, entre el aplauso del pueblo, la

indiferencia de muchos y el pavor inmenso de los neos, que entonces estaban agazapados en la carbonera, hubo un convento, de cuyo suntuoso edificio frailuno no quedó más que las paredes.

El dedo de Dios lo había señalado en sus altos designios para ser pasto de las llamas sacrílegas, quizá por los innumerables pecados que en su recinto se cometieran. ¡Postrémonos ante la voluntad del Ser Supremo!

¿Quién se atreverá á negar la Providencia, que en la memorable semana de Julio permitió que ardieran las sucursales religiosas y quedasen inmunes todos los centros republicanos y escuelas laicas de Barcelona?

Pero no teologuemos.

Fué el caso que un pobre diablo dió con sus huesos en la cárcel, denunciado por «mosén Pollastre».

¿Que no fué éste mosén? Bueno, el apodo no hace á la cosa; pero ya le llamaremos así, por que es un alias expresivo.

El pobre diablo delatado, á quien llamaremos «el Melanio», veía pasar meses y meses en su calabozo sin que su causa se viese, y sin que el «mosén» retirase la acusación, pues sostenía que le había visto entrar en el convento incendiado y con su solo testimonio abría bonitamente las puertas del presidio.

La mujer del «Melanio», ¡guapa moza!, gestionaba inutilmente la libertad de su marido. Por una de esas triquiñuelas de la Ley, los indultos concedidos no rezaban con el encartado, y la pobre «Melania» suspiraba en vano por la libertad de su arrogante hombre, con el que un año antes se había enlazado.

Y era lo más triste que la víctima del enotanado no había tenido la menor participación en la quema de los conventos. Era un ser vulgar á quien Dios no había elegido como su instrumento.

Cierta día, la «Melania» recibió una visita inesperada. La del reverendo «mosén Pollastre» en persona, presencia y potencia.

El cual, sin andarse con rodeos, dijo á la hermosa:

—Tu marido puede salir á la calle, pero... es necesario que tú, hermosa, pongas de tu parte los medios.

—¿Qué dice usted!

—Pues...

Total, por no ruborizar al lector: que el «Melanio» fué puesto en libertad y pudo estrechar nuevamente entre sus brazos á su «heróica» mujer.

Había pasado un mes escaso, cuando el libertado hubo de salir de la capital para menesteres de su oficio.

Y en casa de la «Melania» llamó sigilosamente nuestro «mosén Pollastre».

El diálogo fué breve y sustancioso:

—Soy yo, «Melania». Abre, que tu marido está fuera.

—¿Qué quiere usted?

—Lo convenido.

—¿Lo convenido? ¿Cuántas veces ha puesto usted en libertad á mi marido?

—Una.

—¿Pues estamos en paz!

Y el reverendo no tuvo otro remedio que volver sobre sus pasos, maldicien-

do la poca caridad de la apetitosa matrona.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

Burros y clericales

Ibase en Lagrán á inaugurar una nueva Congregación Mariana, pero ha habido que aplazarla hasta Septiembre, por haberse declarado en el pueblo una hidrofobia terrible.

Han rabiado «catorce ganados», según dice la Junta, y hay también «una epidemia en los ganados, que hace imposible dispongamos de ellos, pues todos están enfermos, y lo peor es que han comenzado á morir».

No, estúpidos clericales, no. Los burros de Lagrán no han rabiado. Es que lo aparentan, para no pasar por la vergüenza de que montéis en ellos.

De todas las injusticias que he visto, ninguna mayor que la de que un clerical vaya montado en un burro.

No me parecería lo mismo si se invirtieran los términos.

La libertad personal en España y apuntes sobre el matrimonio

(CONTINUACIÓN)

El caso del conde-duque de Benavente

IX — *Separación de los condes-duques.*
— ¡¡¡El depósito!!! de la señora condesa-duquesa.

En 1902, la duquesa quiso que el matrimonio trasladara su domicilio á Sevilla.

El duque satisfizo una vez más los deseos de su mujer y se fué con ella.

El matrimonio llevaba diez y ocho años de vida ejemplar, y dirigiéndose, cuando no estaban juntos, cartas cariñosísimas, como las muchas que obran en el expediente sobre divorcio, que radica en la Vicaría eclesiástica de Sevilla y Notaría del Sr. Montoto.

Pero una escultural joven, sobrina de monja, de quien nada necesito decir por ser conocidísima en Sevilla y otros puntos, y un sacerdote elegantísimo, que se hizo hombre de confianza de dicha joven y, por medio de ésta, dueño de la voluntad de la duquesa, dieron lugar á que el duque resolviera echar á los dos de su casa y revocar el poder que el duque otorgara á su mujer en 1901.

La duquesa, para seguir en la compañía de dichas personas, pidió su depósito.

Que por cierto fué constituido en Sevilla, saliendo de la casa marital en coche y llevando á su derecha á la expresada joven.

Y con conocimiento del Tribunal competente—pero sin que éste haya tomado medida alguna para hacerlo guardar, á pesar de las quejas del conde-duque—viene siendo quebrantado el depósito hace años por la condesa-duquesa

quien, para vivir á su gusto y agrado, se marchó á París; hace libremente por el mundo las excursiones que la placen y cuando las termina se vuelve á su retiro parisiense.

Tampoco, á pesar de tal quebrantamiento de depósito, se la ha privado de las treinta mil pesetas que se mandó que el conde duque la entregara como alimentos. (A otras, infelices, he visto privarlas de alimentos tan pronto como no guardaron el depósito.)

La culpa de que haya mujeres que hagan lo que la duquesa, no es tanto de ellas como de la Justicia española.

En otro artículo sobre «Nuestras mujeres» demostraremos esto y muchas cosas más.

X.— *La demanda de divorcio.*— *El juicio sobre éste.*

Quisiera que me fuera dable insertar aquí la demanda de divorcio formulada por la condesa-duquesa contra el conde-duque, para que el gran público pudiera saber que es lo que en España se llama pomposamente «demanda de divorcio».

Seguramente que la opinión pública creará que un documento destinado á desunir ó destruir un matrimonio ó familia, y al que se conceden efectos enormísimos, se exigirá que sea modelo de sólida fundamentación y justificación.

Pues la demanda de divorcio de la condesa-duquesa (aunque redactada y suscrita por un ex ministro de Gracia y Justicia) no acompaña prueba alguna; ni siquiera (con ser tan fácil hacerlo sin pruebas) imputa al duque la más leve transgresión del 6.º, ni del 9.º: limitándose á la alegación de que el duque estaba algunas temporadas separado de la duquesa (Las en que los médicos lo imponían por lo que se deja dicho). A esto se llamó saevitia, como pudo decirse cualquier otro dilate.

¡Saevitia por no estar al lado de la mujer constantemente, para favorecerla y con su conformidad!

Tal demanda de divorcio fué admitida, porque se admiten todas, con tal de que revistan la forma legal; dejando para sentencia la decisión sobre las cuestiones planteadas.

Y á tan poca costa adquirió la condesa-duquesa la ratificación de su quebrantado depósito (que así continúa) y el arma que la ha sobrado para las monstruosidades siguientes.

XI — *La catástrofe curial.* — *Procedimientos judiciales absurdos, algunas veces brutales y declarados nulos, pero que se siguen aplicando: mediante los cuales (espanto me produce!) la mujer de un hombre riquísimo priva á éste en pocos meses hasta de lo preciso para comer como el más pobre de los pobres.*

Al principio, como era natural (y siempre mientras yo fui abogado del duque, por lo que no me inspira el despecho, aunque fuera justo) cuantas resoluciones se dictaron sobre la materia reconocieron la naturaleza dotal de los bienes de la señora condesa-duquesa, el carácter del usufructuario y de administrador de la sociedad conyugal en el duque y los demás derechos de éste.

Así puede verse en la sentencia dictada por el Juzgado municipal de Ja-

valquinto á 24 de Febrero de 1906, en desahucio contra D. Francisco Manzana; en el auto, firme, que dictó el Juzgado de primera instancia de San Vicente de Sevilla, Escribano Atalá, en 5 de Mayo de 1906 en autos con el procurador Espinosa y la señora condesa-duquesa; en otro auto, firme, dictado por los mismos Juzgado y Escribano, con fecha 12 de Noviembre de igual año, en autos sobre consignación de renta; y en la sentencia del Tribunal Supremo, de 12 de Abril de 1907.

La misma condesa-duquesa reconoció ese estado de derecho pidiendo y logrando que el citado Juzgado de San Vicente, Escribano Ferrer, señalase á la duquesa alimentos pagaderos por el conde duque, con las rentas de los bienes conyugales.

Pero como la duquesa tenía y aun tiene muy cuantiosa fortuna, y dedicada á vivir en París, quizás no se entera bien de lo que á su nombre se hace y parece que no duda de que todo es excelente con tal de que se haga polvo á su marido (aunque ella resulte pulverizada); sus representantes han hecho y logrado cosas que me parecen increíbles: entre ellas las que voy meramente á indicar.

Los varios procuradores que tiene la duquesa siguen nada más que unos cien pleitos é incidentes; entre éstos, una pieza de provisión de fondos por cada asunto ó ramo de asunto.

Por razón de estas piezas sobre provisión de fondos (que están declaradas nulas por la Audiencia de Sevilla en resolución firme, y que se iniciaron y siguen ilegalsima y absurdamente; con absoluta independencia del expediente sobre litis expensas y sin intervención alguna del duque, como si la duquesa no fuese mujer casada, firma ésta cuantas diligencias de embargo y venta quieren sus dichos representantes; con el doble fin de ser caudalosamente defendida sin soltar dinero y de ir privando de elementos al conde duque con la enajenación de los bienes conyugales y la consiguiente privación de sus rentas.

Con el mismo fin, cuando se mandó que el duque entregara á la duquesa 30 000 pesetas anuales sólo para sus alimentos, el requerimiento al duque se hizo por cédula; pero, ¿DONDE ÉSTE NO VIVÍA! Y tal enormidad continúa considerándose válida y surtiendo los efectos de un requerimiento legalmente hecho, á pesar de haber presentado el duque contra falsedad tan enorme y que tantos preceptos legales quebranta una denuncia, radicante en el Juzgado del Congreso de esta corte y escribanía de Valdés.

Como el conde-duque por tal circunstancia desconoció dicho requerimiento y no pudo cumplirlo, se embargaron al conde duque ABSOLUTAMENTE TODOS LOS FRUTOS Y RENTAS DE LA SOCIEDAD CONYUGAL; sin dejar á dicho conde duque ni para que coma un cocido de dos reales.

EL MARQUÉS DE ZAFRA

(Se continuará.)

Con toda la barba

Francisco B. netti, excapellán del hospital Mixto, de Tucumán, se ha fu-

gado de aquella ciudad llevándose una cantidad de dinero ajeno, y una menor hija de humi de familia.

Lo elogio por su provisión.

Si sedujo primero á la chica, ¿qué más natural que apropiarse dinero ajeno para mantenerla?

Y si se procuró primero el metal acuñado, ¿en qué mejor pudo emplearlo que en proporcionar una cómplice para cumplir el precepto divino de creced y multiplicaos?

Mírese como se mire la cuestión, siempre resultaría que ese afitado es un hombre con toda la barba, que no le gusta hacer las cosas á media.

RECUERDOS DE LA INQUISICIÓN

En 22 de Abril de 1312 se celebró en la catedral de Tolosa (Francia) un auto de fe que duró tres días, siendo condenados 207 individuos, algunos por causas como las siguientes:

Lombarda, de diez y seis años de edad, vió un hereje en casa de su padre y no le delató.

Raimundo Delpinete vió en la calle á un hereje y le saludó.

Perrin compró pescado por cuenta de un hereje.

Pedro Bernardo de Gomsirac dió cama y cena á su tío, que era hereje.

Juana, Bruda, Mauranita y Gracida, las tres últimas menores de diez y ocho años, fueron denunciadas por no haber denunciado á su padre y madre, que dieron asilo á varios herejes.

Raimundo habló dos veces en el espacio de seis años con su hermano, infectado de herejía.

Juana, mujer de Arnaud de Clairac, recibió la visita de un hereje por invitación de su marido.

Guillermo fué condenado, por haber pagado á los sectarios los legados que les dejó una de sus hermanas.

Pedro Geraud fué emparedado por toda su vida, por haber dado agua á los herejes para lavarse las manos.

Garciña, esposa de Verduer, fué condenada por haber comido una vez el pan bendito por los herejes.

Gallarta, esposa de Laustasa, por haber visto á su marido comer fuera de casa con los herejes y no haberle denunciado.

Raimundo por creer, durante cinco semanas, que no era mala la religión de los herejes.

Guillermo Lemoine, por haber devuelto á un hereje el dinero que le había prestado.

En resumen, cuarenta y nueve hombres y cuarenta y dos mujeres fueron condenadas á prisión perpetua por crímenes de la índole de los citados.

Cinco hombres y cinco mujeres, muertos antes del Auto de Fe en las cárceles del Santo Oficio, fueron condenados á la misma pena.

Quemáronse los cadáveres de quince hombres y de veinte mujeres, desenterrados al efecto.

Dieciséis casas habitadas por herejes fueron arrasadas para siempre, y Pedro Andrés, Raimundo Sánchez, relapsos; Pedro Raino, hereje; y las mujeres Juana Arnaud, Raimunda y Josefina, fueron quemados vivos.

La última sentencia leída en aquel fúnebre día, fué contra Juan de Salvatad, condenado á la picota y á prisión perpetua por testigo falso.

II

La catedral de Tolosa siguió siendo teatro favorito de los inquisidores; pues vemos que, en 15 de Mayo de 1315, celebraron nuevo Auto de Fe, en que fueron condenados setenta y cinco infelices: seis hombres y cinco mujeres á llevar el sambenito, y á fe que lo merecían bien.

Pedro, por haber comido un día con su primo, que era hereje.

Guillermo de Loscebes, por haber alojado á un hereje que le dijo que era católico.

Juana, mujer de Pedro Bourgade, por haberse atrevido á dar de comer á su hermano que moría de hambre, pero que era hereje.

Alejandro, de once años de edad, por no haber denunciado á su madre; y Astruaga, por no oponerse á que la suya muriese en la herejía.

Diez hombres y once mujeres fueron condenados aquel día á prisión perpetua.

Esclaramonda, lavandera de oficio, por lavar la ropa de un hereje.

Raimunda, por haber comido una vez pan bendito por los herejes.

Raimundo, condenado en otro auto al sambenito, por habérselo quitado.

Siete cadáveres fueron quemados y Juan Brayssan fué quemado antes de ser cadáver.

(Se continuará.)

LÁMINAS DE PROPAGANDA

Tiradas en cartulina al tamaño de 85 por 50 centímetros.

Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid en 29 de Junio de 1680. (Cuadro de Ricci.)

Representación de algunos de los tormentos aplicados por la Inquisición.

El inquisidor general Pedro Arbués condenando á la hoguera á una familia de herejes. (Cuadro de Guillermo Kaulbach.)

Precio, 50 céntimos cada una.

Al tamaño de 43 por 25.

Auto de Fe, presido por Santo Domingo de Guzmán. (Cuadro de Berruete.)

Fusilamiento de Rizal en Manila.

El quemadero.

El tormento de la polea.

La Saint Barthélémy.

El tormento del aspa.

Auto de Fe en España, en la Edad Media. (Cuadro de Robert Fleury.)

Precio, 25 céntimos cada una.

Veinticinco por 100 de descuento á los corresponsales.

Tarjetas postales

Primera colección, diez tarjetas.

Precio, cincuenta céntimos.

COSAS QUE HE DICHO

Me entusiasma tanto el valor en cualquiera de sus manifestaciones, que admiró el que demuestra un colega federal de Tarragona atreviéndose a hacer la revolución, no sólo sin el ejército, sino contra el ejército.

Lo único lamentable es que no lo haya intentado hace años, pues así nos hubiéramos ahorrado unos milloncetes del presupuesto de Guerra, que no nos hubieran venido mal para fundar unas escuelas donde, al par que á leer y escribir, se enseña e á tener un poco de sentido de la realidad.

Pero como nunca es tarde si la dicha es buena, aguardo impaciente esa revolución: a vadora que nos libre del ejército, ese ejército que nos *dio la libertad* el siglo pasado, y con el que, á pesar de estar representado por escasa fuerza en Madrid la noche del 3 de Enero de 1873, no se atrevieron á combatirle los muchos batallones federales que había entonces organizados.

Como el colega se lance á la bélica empresa, no seré yo el último en acudirle, ora triunfe, ora sea vencido; que no soy de los que le conceden solamente al éxito los honores.

¡Pues ahí es nada presenciar un jaleo promovido por los que, por llevar descansando revolucionariamente desde el año 1869, deben sentir deseos desordenados de dar salida á la parte heroica de su individualidad!

Verlo, y vivir unos cuantos años para admirarlo, sería el suñun de la felicidad para este republicano que, no sólo no tiene alientos para comerse los soldados crudos, sino que ama al ejército como á carne de su carne.—1903.

«Ha fallecido en París madamemoiselle Carré, dejando su fortuna (ocho millones de francos) para crear colonias obreras y pensiones vitalicias á los obreros inutilizados en el trabajo.

Y el general francés Crevat Dirand, muerto hace un mes, ha dejado 650 000 francos, para que se repartían así: trescientos mil, al Hospital de niños tuberculosos; cien mil, á la Sociedad obrera de socorros mutuos; cien mil, al Instituto Pasteur, y cien mil, á una banda de música.

Como esas fortunas tenían origen honrado, las dedicaron sus poseedores á honrados fines.

Y como casi todas las de aquí se basan en el robo afortunado, van á parar lógicamente á manos de los que ofrecen á los ladrones la entrada en el cielo á cambio de los bienes robados en la tierra.—1900.

O vais á provincias á hacer en un mes lo que no habéis hecho en tres años en el Congreso, ó quietecitos, se-

ñores diputados; no sea que os encontréis con lo que no esperáis.

El republicanismo está ya cansado de oratoria de hojarasca, de promesas incumplidas, de esperanzas frustradas, y pudiera despediros en algún punto como los monárquicos os lanzaron del Salón de Sesiones.

El pueblo tiene también su dignidad; y aunque es muy grande su paciencia, no es inagotable. Tenedo presente, y medid vuestras palabras.

Las felicitaciones caurosas que ahora recibís, debían hacer os meditar mucho, pues quieren decir: «Lo habéis estado haciendo muy mal. O aplaudimos por haberos apartado de aquel camino.»

Y de esto, á reventaros si volvéis á las andadas, no hay el canto de un duro.

Ciudadano, pues, mucho cuidadito, sacamuelas insignes.—1906.

El tabaco vendido en España por la Compañía Arrendataria durante el año 1903, ha costado 450 341.246 pesetas, y el beneficio líquido asciende á pesetas 161.051.546.

Estos son negocios honrados, y no los que hacen los obreros que se asocian para ejercer una industria cualquiera.—1904.

Cuanto más corrompidas están las sociedades, más crueles son con los delitos que su falta de moral engendra; y los hombres, mientras más inmorales, más se ceban en los desdichados que faltan á la ley que ellos constantemente vulneran.

Donde se ve mejor esto último, es en los juicios por jurados. Compuesto generalmente el tribunal por individuos que trafican en artículos de comer, beber y arder, cuya escrupulosidad en asuntos de peso y medida no está suficientemente acreditada, se distinguen por su inflexibilidad (al vez estuviera mejor dicho ferocidad), contra los que roban un panecillo, ó medio kilo de patatas ó un haz de leña.

Acaso obren de esa manera, por creer que no tienen otro medio de demostrar que ellos son incapaces de quedarse en ningún caso con un céntimo de nadie.

Aunque tal vez sea yo el equivocado al juzgarlos tan escrupulosos, olvidándome de aquella frase antigua, siempre nueva:

«Hay ya mucha gente que roba de buena fe.»—1897.

Exhortar al hombre á la humildad y á la resignación cuando se muere de hambre, es cometer un asesinato moral.

Y este crimen cometió el cristianismo paralizándolo el movimiento de protesta iniciado por los esclavos en la Roma pagana, y en él incurre diariamente, en provecho exclusivo de los dominadores y explotadores.

Acerqueme un día á un mocetón de unos veinte años que pedía limosna

con voz lastimosa á la puerta de un templo y le dije en tono duro:

—¿No le da á usted vergüenza rebajar su dignidad de hombre hasta ese punto? Con esa musculatura de acero y ese pecho de atleta ¿cómo no toma usted por la fuerza lo que necesita para vivir?

Y fuese porque no entendiera mi lenguaje, ó porque el virus de la resignación de cincuenta generaciones hubiera destruido hasta el último glóbulo rojo de su sangre, sólo se le ocurrió decirme dulcemente tendiendo hacia mí su mano abierta:

¡Una limosnita, por Dios, caballero! —1887.

El hombre realiza muchas veces actos de abnegación por amor propio, y algunas por cálculo ó conveniencia.

Buscar por lo tanto la base de la sociedad futura en el altruismo únicamente, es desconocer la naturaleza humana.—1902.

Nada más cruel y absurdo que dar limosna dentro de una doctrina donde no debe haber ricos ni pobres, sino hermanos entre los cuales todo es común, menos la mujer, según los Padres de la Iglesia.

Que la limosna nada resuelve porque el hombre no se alimenta sólo de pan, que favorece la holganza y fomenta la abyección, que contribuye al desequilibrio social, probado está cumplidamente.

Lo que el pobre necesita es poder desenvolverse libremente dentro de la esfera de acción que el progreso señala á las diferentes clases sociales, y no roer en su tugurio el pedazo de pan que le arroja desdeñosamente el que contribuye á que no lo tenga.—1878.

Se ha descubierto que una sociedad llamada *La Protectora*, se dedicaba á la estafa.

No me extraña: la mayor parte de las llamadas caritativas, sirven para que medren los que están al frente.—1885.

Hace pocos días fué atado codo con codo un joven en la Puerta del Sol y conducido á la prevención. En ella se le puso en libertad, por habéasele detenido equivocadamente.

A una señorita de distinguida familia, que acompañaba por su criada dirigiéndose ayer á casa de sus padres, le ocurrió lo mismo.

Es una ventaja para los ladrones y las prostitutas que la policía no conozca á las personas decentes: así, mientras éstas son detenidas, ellos pueden trabajar tranquilamente en su oficio.—1882.

Un telegrama de París dice que ha sido detenido en concepto de anarquista el vicario de la iglesia de Saint-Leo-

nard, por aprobar públicamente el asesinato de Carnot y lamentarse de no haberlo sabido antes, para haber ayudado á la realización del crimen enviando á Caserio la cantidad de diez francos.

¡Buen argumento en favor de la prensa católica, que atribuye el anarquismo á la falta de creencias religiosas!—1894.

A los muchos que me escriben preguntándome qué hay, les contesto únicamente: «Hay esperanzas. Y fundadas. Si algún día se perdiesen, yo lo diría claro.»

Estoy resuelto á todo, menos á comprometer esta personalidad que á tanta costa he conquistado; y como sé que ocurriría esto si contribuyese en cualquier forma á engañar á mis correligionarios, calcúlese si, llegada la ocasión, me andaría con paños calientes.

Como estoy asimismo resuelto á combatir á los que, no habiendo hecho durante 30 años nada para que viniese la República, crean ahora que, por haberse pactado la Unión, se les debe traer en cinco minutos.

Ni correr ni pararse: este es mi programa. A los que pretendan lo primero, freno; á los que intenten lo segundo, espuela.

Y para el que sepa leer, he dicho bastante.—1903.

El Tribunal Supremo ha declarado en una sentencia, que los párrocos son *funcionarios públicos constituidos en autoridad*.

Entonces están y deben estar á las órdenes de los gobernadores civiles, que pueden aplicarles, cuando los desobedezcan, todas las correcciones marcadas por el derecho administrativo.

Me alegro que se les considere como funcionarios, no sólo por lo que padece su carácter sacerdotal, sino porque pueda cualquier ciudadano presentar prueba contra ellos en los procesos por injuria.

Y admitiendo pruebas, pocos se librarán de salir reventados.—1898.

Dicen los que se ocupan de estas cosas, que el número de fieles que se han acercado el miércoles de ceniza de este año en Madrid á la Mesa Eucarística (¿se dirá así?), ha sido muy superior al de los años anteriores.

Naturalmente; salen del baile y se cueban en el templo en busca de emociones y contrastes.

Y si no fuera eso, sería algo peor: la necesidad que sientan los pueblos envilecidos de pedir al cielo la misericordia que no les concede su propia conciencia.—1899.

Leo en la relación de los premios concedidos el lunes de Carnaval:

Máscaras á pie

1.º (Mantequera de *vermeille*).—*Una charra*, don Adolfo Rodrigo.

2.º (Vaso con cuchara).—*Una amapolita*, don Ricardo Colomo.

3.º (Una boquilla de ámbar y oro).—*Una maja sevillana*, don Federico Peñaiver.

Se leen tantas cosas parecidas en estos tiempos afeminados y benditos, que, lo confieso ruborizado, no me ha conmovido la noticia.—1900.

Presentóse en el gobierno civil de Valencia una mujer con siete hijos de coita edad extenuados por el hambre, pidiendo que fueran admitidos en el Hospicio, pues no contaba más que con un real diario que ganaba el mayor trabajando de aprendiz.

Muchas pretensiones son esas. El buen cristiano debe conformarse con la suerte que le depara la Providencia, sin quejarse nunca. Tome ejemplo esa madre descontentadiza del arzobispo de aquella diócesis, que no reúne más que treinta y siete mil pesetas anuales de sueldo y triple de gajes, y nadie le ha oído lamentarse ni una sola vez.—1894.

Según datos oficiales, en 1900 pagó España unos veinte millones de pesetas á toreros, cómicos y empresarios.

Un periódico clerical se indigna al dar la noticia, y dice que si se suprimieran las fiestas profanas, las teatrales especialmente, las gentes irían exclusivamente á las Iglesias.

Filosofía de tendero, al que le ponen tienda enfrente.—1901.

Un correligionario me escribe desde Montilla:

«Acabo de ver en la casa de un republicano los balcones colgados y la fachada iluminada en honor y gloria de la Purísima Concepción.

¿Es que se puede tener un pie en el convento de los jesuitas y otro en el Círculo republicano?

Llega la hora de poner término á estas farsas y que sepa el pueblo claramente quién es su amigo y quién es su enemigo.»

Me parece bien, y por mi parte puedo empezarse á quitar caretas.

Pero me asalta un temor: que el republicanismo se quede en cuadro.

Donde menos se piensa salta un clerical. ¿Y de qué clase? De la peor; la que pide á la hipocresía lo que no puede darle la convicción.

¡Qué asqueroso va resultando ya todo esto!—1905.

En Francia proyectan una ley declarando que no es delito robar lo necesario, doctrina predicada por los Santos Padres.

Si aquí en España se dictara esa ley, sería unánime el grito de: ¡já las grandes empresas! ¡já los colegios de jesuitas! ¡já los conventos!

Porque apenas hay otros sitios á donde los necesitados pudieran acudir en

cumplimiento de ley tan simpática.—1890.

En el cementerio civil de Laredo están inhumados: un alemán que en un bergantín se ahogó en aquella costa; de José López, una hija de Miguel Ocejo, y otra hija del señor Canales y uno que se suicidó sin haber tenido antes la precaución de dejar dinero para el entierro y unas misitas.

¿Y qué han hecho algunos buenos católicos? Estropear la puerta, robar unas tablas y hacer sobre los sepulcros lo que el escarabajo de la fábula hizo sobre la vestidura de Júpiter.

Quisiera en este momento ser católico, para tener el gusto de apartarme de una religión que incuba creyentes tan cochinos y sinvergüenzas.—1900.

Un ex ministro conservador dijo en el Senado, combatiendo el sufragio, que las muchedumbres á quienes alcanza nada representan para el sostenimiento de las cargas públicas, ni tienen en su mayoría casa ni hogar.

¿Cómo han de tenerlo? No en balde han gobernado tanto tiempo los correligionarios del ex ministro.—1890.

Tres personas han muerto estos días de hambre en este Madrid poblado de conventos.

Con el dinero estafado desde la restauración acá por jesuitas, frailes y hermanucos, aplicado á obras útiles, hubieran sido imposibles esas muertes horribles.

Los días en que esos desgraciados sucumbieron, se gastaron en cera para alumbrar imágenes de palo miles de pesetas en los templos de Madrid, y en los conventos se comió oníparamente, como de costumbre.—1902.

En los alrededores del Congreso ha sido detenido un sujeto que se dedicaba á la venta de papeletas para asistir á la sesión que se celebraba.

Pues no me explico que haya quien se dedique á esa industria.

Tan vista está la comedia, que ni de balde debería querer el público los billetes.—1889.

Tenía hambre un joven de dieciséis años, robó un panecillo en una tahona de la calle de Miguel Servet, fué detenido, y purgará en la cárcel su delito.

El mismo día del suceso se le ocurrió al teniente alcalde del distrito de la Universidad girar una visita á las tahonas y encontró que varios tahoneros robaban en el peso.

—¿Y fueron detenidos y conducidos á la cárcel?

—Solamente suponerlo es una ofensa á la justicia.—1893.

JOSÉ NAKENS

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAT, 81